

A man in a white t-shirt is shown from the back, looking out over a city at sunset. The sky is a mix of orange, pink, and purple. In the background, there are mountains and a cityscape with various buildings, including a large cathedral and two prominent towers in the foreground.

EL CAMINO
QUE ME LLEVA
hacia **te**

Francisca Herraiz

El camino que me lleva hacia ti

Francisca Herraiz

Título original: El camino que me lleva hacia ti
©Francisca Herraiz, 2021
Diseño de portada: Maore P. Bautista
Correcciones: Francisca Herraiz
Registro propiedad: 11/05/2021 2105117797091
Todos los derechos reservados
Distribuido por Amazon

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

Si sé lo que es el amor, es gracias a ti". Herman Hesse
Amor es solo una palabra hasta que llega alguien a darle sentido". Paulo Coelho

1

Iba de compras con su madre, necesitaba ropa de invierno nueva para comenzar las clases en septiembre. A diferencia de otros chicos, a él le gustaba ir de compras con su madre, le gustaba pasar tiempo con ella y le gustaba probarse cosas nuevas. La única pega era que su madre siempre decidía por él, nunca podía elegir su propia ropa y ella siempre compraba la misma ropa aburrida, de cuellos altos, tonos grises o marrones y pantalones azul oscuro. A él le gustaba el color, sobre todo el violeta, o el rosa, pero sabía que no eran colores apropiados para un chico, así que no decía nada. Pero, aun así, disfrutaba yendo de tiendas.

Por aquel entonces tenía unos once años y su vida no era complicada, solo debía obedecer a sus padres, estudiar y jugar, no tenía preocupaciones.

Su madre se detuvo un momento en la iglesia, a ella le gustaba entrar y encender alguna vela por sus padres, que habían fallecido hacía poco. Él les echaba de menos, fueron unos buenos abuelos. No tenía muchos recuerdos de ellos, pero los que tenía eran felices. Recordaba ir los domingos a comer a su pequeño piso de alquiler, donde se reunía toda la familia. Recordaba cómo su abuela siempre le daba una propina antes de irse y que siempre tenía chocolate en la nevera para sus nietos. A su abuelo le gustaba pasear y siempre le llevaba con él para que jugara en el parque. Al volver le compraba alguna golosina. Su madre se enfadaba, pero sus abuelos siempre le decían: «Para qué están los abuelos si no es para malcriar a los nietos. Una golosina no le hará daño». Y asunto zanjado. A él le gustaba recordarles, pero no entendía por qué debía hacerlo en una iglesia, podía hacerlo en cualquier momento. A él no le gustaban las iglesias, eran frías y aburridas, aun así, tenía que asistir cada domingo a misa. Estaba obligado a ir, pero no a entrar para poner velas a sus abuelos, así que la esperó fuera. Mientras esperaba se acercó a la librería juguetería que había justo en frente de la iglesia. Le gustaba pararse a mirar el escaparate, siempre tenía un montón de muñecas expuestas. Había una en especial que le gustaba mucho, era preciosa. Sus cabellos eran largos y rubios, tenía una diadema rosa con una flor en el lateral, un vestido largo, de falda ancha, también de color rosa y unos delicados zapatos de tacón. Era muy bonita. Le encantaría poder tener una, pero no se lo podía decir a su madre, ella no lo vería bien. Sus padres siempre le compraban camiones, o coches para navidad y en su cumpleaños, soldados o libros de aventuras. Al menos los libros estaban bien, el resto lo guardaba en el armario, le aburría jugar siempre con coches y soldados.

Su madre salió con una sonrisa, le encantaba la iglesia, decía que siempre se sentía mejor después de asistir a misa o simplemente entrar y mirar la cruz. Según ella era un lugar sagrado, donde sentía cerca a Dios. Él no podía entenderlo, solo veía un bonito edificio con unas campanas escandalosas.

Su madre se puso a su lado y continuaron el camino.

No tenía hermanos, pero sí una prima con la que se llevaba muy bien. Solían venir a visitarlos cada semana, comer juntos los domingos y, mientras los mayores tomaban café, fumaban y jugaban a las cartas, ellos dos se iban a jugar al cuarto. Le encantaban los domingos, cuando terminaba la misa de la mañana. Después eran divertido y pasar tiempo con su prima era de lo mejor, porque sentía que ella le entendía. En casa era como si fuera invisible, nadie le escuchaba y solo podía hablar de deberes y de tareas en casa. Con su prima era diferente, nunca le juzgaba, hablaban de cualquier cosa, se reían, lo pasaban bien juntos. Y le encantaba cuando hablaba de cosas de chicas, vestidos, amigas, chicos guapos, era entretenido.

Aquel día, Andrea, su prima, trajo sus muñecas Barbie. Cuando él las vio le parecieron una preciosidad. Cogió una y la miró como si fuera el primer juguete que le hubiesen regalado nunca. Por fin tenía una en las manos, era tan delicada, tan bonita y ese vestido...

—¿A que son bonitas? —le dijo su prima.

Él asintió.

—Vamos a jugar, venga, tú puedes ser esa misma que tienes en la mano, eres la amiga de ésta que tengo yo, se llama Julia y la tuya es Sonia. Han quedado para ir a comprar ropa y allí se encontrarán con Kevin, que es este chico tan guapo de aquí que, en realidad, es un príncipe.

Su prima continuó hablando, Felipe asentía y se sentía de lo más feliz. Ir de compras, encontrarse a un apuesto joven, todo le parecía ideal. Entonces su prima se detuvo y le miró.

—Ahora que lo pienso, tú deberías ser el príncipe, será lo más normal, ¿no crees?

Le acercó al muñeco.

—No, me gusta Sonia, quiero ser Sonia.

Andrea se encogió de hombros y continuó.

—Está bien, es normal, porque esa muñeca es la más bonita que tengo.

Él sonrió, le encantaba poder ser tan natural con ella y que no le mirara raro o se cuestionara nada.

Los padres de Andrea la llamaron para volver a casa.

—Oh, qué fastidio —dijo ella— ¿te parece si continuamos la historia el domingo que viene?

Él asintió mientras le decía:

—¿Me dejas tu muñeca esta semana? El domingo te la devuelvo, yo no tengo juguetes así.

—Claro, quédatela, igual le digo a mi madre que me compre otra, te puedes quedar a Sonia. Además, eres un chico, no creo que tus padres te compren una muñeca.

—No, ni pensarlo.

—Bueno, nos vemos el domingo. Cuida bien a Sonia.

Se dieron un abrazo y Andrea salió del cuarto. De forma instintiva, Felipe guardó la muñeca bajo la almohada, no quería que la vieran sus padres. Salió a despedirse y después volvió a su cuarto. Corrió hacia la cama y cogió la muñeca, le acarició el pelo y sonrió. Le gustaría poder tener otra para jugar con ellas, se quedó pensativo. No había otra, sacaría los soldados y jugaría con ellos, podían rescatar a Sonia que, como diría su prima, era, en realidad, una princesa.

Cogió los muñecos y se sentó en el suelo. Nunca le había apetecido tanto jugar. Se inventó una preciosa historia donde un soldado debía rescatar a la princesa, que se había escapado de palacio porque no era feliz. Buscaba su amor verdadero, su padre, el rey, quería que se casara con alguien que ella no amaba...

—¿Se puede saber qué haces?

Felipe miró hacia la puerta, estaba tan concentrado en el juego que no le escuchó entrar. ¿Cuánto tiempo llevaría en la puerta? ¿Le habría escuchado poner voz de chica? Su corazón latió deprisa y se quedó sin habla, no sabía qué decir. Sintió que sus mejillas se ruborizaban, avergonzado. Se sintió culpable, ¿de qué? No estaba seguro, solo estaba jugando, pasándolo bien, sin molestar a nadie.

Su padre se acercó a él y le quitó la muñeca de las manos. Se le veía enfadado. Al poco apareció su madre.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó desde la puerta.

Felipe seguía sentado en el suelo, sin moverse por miedo a la reacción de su padre.

—¿Qué hacías con esta muñeca? —preguntó su padre con seriedad, zarandeando la muñeca delante de él.

—Es de Andrea, se la ha dejado.

—¿Y por eso tienes que jugar con ella? —Se giró para mirar a su madre—. Te dije que no era bueno que jugara tanto con Andrea, es una mala influencia, necesita jugar con otros chicos. Mañana mismo te apunto al equipo de fútbol del colegio. —Miró a su hijo, mostrándole la muñeca—. ¿Y esto? Si te vuelvo a ver con una muñeca, de la paliza que te doy no te levantas en una semana, ¿me oyes? —gritó.

—Solo estaba jugando. —Intentó defenderle su madre.

—¿Con una muñeca? Sabes tan bien como yo que eso no conduce a nada bueno, cuanto antes le queden las cosas claras, mejor. —Le volvió a mirar—. Eres un chico y juegas con juguetes de chicos, esto es una mariconada y no quiero volver a verte con una de estas, ¿queda claro?

Felipe asintió.

Su padre salió del cuarto, entregándole la muñeca a su madre. Ella le miró entristecida.

—No te preocupes, ya sabes cómo es, guardaré la muñeca y se la devolveré a Andrea el domingo. Tú sigue jugando con tus soldados, eso estará bien, ¿sí?

Él asintió, seguía sin saber qué decir.

—Tranquilo, verás cómo jugar al fútbol te gusta. Te llamo cuando esté la cena.

La vio cerrar la puerta con cuidado y llevarse la muñeca con ella. Felipe siguió en el suelo, miró los aburridos soldados, la historia ya no tenía sentido. ¿Jugar al fútbol? Era un deporte absurdo, lo odiaba. Su padre siempre veía los partidos y él no entendía cómo podía gustarle. Ver a un montón de hombres corriendo detrás de un balón. ¿Y eso era muy masculino? No entendía a su padre, no se parecían en nada y tampoco quería parecerse. Era un hombre frío, huraño, siempre de mal humor, se enfadaba por cualquier cosa, nunca hacía reír a su madre y siempre la veía triste, sola. Y él ni se daba cuenta ni le importaba. Después del trabajo solía irse a tomar alguna cerveza con sus compañeros. Los sábados se iba al bar a jugar al dominó y a seguir bebiendo. A veces venía algo borracho, lo que acentuaba su mal humor. Nunca le veía ir a pasear con su madre, nunca le traía ningún detalle, solía olvidarse de los cumpleaños y, sobre todo, del aniversario. Y su madre callaba, consentía y se refugiaba en la Biblia, que siempre llevaba encima. A veces la escuchaba llorar, pero ella siempre se escondía o fingía si Felipe la descubría diciéndole que recordaba a sus padres. Felipe sabía que no era feliz en su matrimonio, pero él solo era un crío y ella no quería preocuparle. Sí, era un crío, pero se enteraba de las cosas y sabía cuándo su madre estaba triste o decepcionada, o enfadada, o se daba cuenta que sus padres no eran como los padres de Andrea. Sus tíos se cogían de la mano, se besaban alguna vez, reían y parecían llevarse bien. Nunca vio a sus padres mirándose como lo hacían sus tíos. Nunca los veía cogerse de la mano o besarse en la mejilla. Su madre se pasaba los días en casa, sola, limpiando, cocinando y cuidando de ellos. Según ella era lo que debía hacer una buena esposa y madre, cuidar de los suyos. Pero ella también era algo más, era una mujer y debería dedicarse tiempo a sí misma. Por eso a Felipe le gustaba tanto pasar tiempo con ella los días de compra, al menos la veía más alegre. Ella se merecía algo más, pero nunca le escucharía, era su hijo y era un niño, no tenía ninguna autoridad, solo debía obedecer y callar.

Cogió los soldados y volvió a guardarlos en el armario. Ya no tenía ganas de jugar. Se tumbó en la cama y se puso a leer, al menos en los libros podía ser quien quisiera, sin miedo.

2

Su padre cumplió su palabra y le apuntó al equipo de fútbol. Se le veía feliz hablando con el entrenador y mirando cómo jugaban los otros chicos.

—Esto es lo que necesitas, un deporte de hombres, esfuérate y llega lejos, haz que me sienta orgulloso.

Le removió el pelo mientras asentía. Felipe no dijo nada, miró a sus nuevos compañeros, algunos iban a su clase, a otros los conocía solo de vista. No solía tener amigos en el colegio, era bastante solitario. Le gustaba escuchar a las chicas hablar, pero normalmente no le aceptaban en sus grupos, solo querían chicas. Aquel equipo iba a ser de lo más aburrido, ¿de qué hablaría con ellos? Estaba claro, de fútbol. Tendría que fingir que le gustaba y fingir que le interesaba la conversación e intentar que le aceptaran y fingir, fingir...

—Ve al campo y empieza con el entrenamiento, veamos qué tal se te da.

—Luego vendré a recogerte. —escuchó que decía su padre, él asintió sin mirarle.

Corrió al campo y empezó a darle a la pelota. Al menos siempre había sido bueno en los deportes y ese en concreto no se veía complicado.

—Lo haces bien. —dijo el entrenador— Bien, ahora vamos a ver cómo tiras. Venga, chicos, en fila, vamos a lanzar a la portería.

—¿Qué tal? Yo lo veo bien, fíjate cómo ha lanzado a la portería, debería haberlo traído antes. Dime algo, hombre. —escuchó que decía su padre esperando la aprobación del entrenador.

Felipe se acercó y esperó que le dijera que volviera a clase, o que buscara otro deporte. Para su decepción, no fue así. El entrenador le miró asombrado, asintiendo.

—Parece haber nacido para esto. Lo quiero en mi equipo, sin duda. Creo que con él esta temporada podemos llegar lejos, has hecho bien en traerlo.

Su padre sonrió, satisfecho.

—Ya sabía yo que se le daría bien, me alegro, espero que hagas de él todo un jugador.

—Todavía es un crío, pero, si le gusta, puede llegar lejos.

Al acabar el entrenamiento, en los vestuarios, se sentó solo, pero uno de sus compañeros de clase se le acercó.

—Se te da bien, deberías haberte apuntado antes, yo pensé que no te gustaban los deportes.

—Sí me gustan, por eso le dije a mi padre que me apuntara. —mintió para caerle bien, para integrarse.

—Mola, yo creo que, si juegas igual que entrenas, este año podemos ganar. Oye, los domingos vamos a jugar al fútbol, solo por divertirnos, ¿quieres venir?

—Claro.

El domingo venía su prima, ¿tenía que dejarla para ir con esos pesados? Menudo plan.

—Guay, pues pasaré por tu casa y vamos juntos, me alegra tenerte en el equipo. —miró a los lados para ver que no había nadie—. Que quede entre nosotros, pero en clase se hablaba de que eras algo raro...

Felipe arqueó las cejas y su compañero sonrió, negando con la cabeza.

—Nada, ni caso, ya me encargo yo de decirles que eres normal. Supongo que solo eras algo tímido, ¿no?

—Sí, soy bastante tímido.

Su amigo sonrió más tranquilo.

—Ya verás que con el equipo dejas de serlo, nos llevamos todos bien. Bueno, mañana hay examen, nos vemos en clase.

—Hasta mañana.

Se despidió Felipe sintiéndose el chico más desgraciado e incomprendido del mundo.

Los días se sucedieron tristes y monótonos. Colegio, deberes, entrenamiento. Por fortuna sus compañeros le habían aceptado porque era bueno con el balón, no solía fallar cuando tiraba a la portería. El entrenador estaba más que contento con él y su padre aún más. Felipe era infeliz, pero el resto del mundo no, les hacía feliz que él hiciera lo que no le gustaba, que hiciera lo que otros querían para complacerles. A nadie le importaba. Era algo duro, pero asumible, al menos la vida era más cómoda ahora. Su padre le hablaba más a menudo, no se enfadaba tanto y solía presumir de hijo con sus compañeros. Le preguntaba todos los días qué tal había ido el entrenamiento, incluso alguna vez salía antes del trabajo para verle entrenar. Le encantaba el fútbol y era feliz viendo cómo su hijo era bueno en su deporte favorito. Luego volvían juntos a casa, parándose cada dos por tres para hablar con algún vecino y decirle que su hijo Felipe llegaría lejos en el fútbol. Felipe sonreía, como si fuera lo que él también quería, como si su vida fuera perfecta.

Andrea era la única que se daba cuenta que a Felipe no le gustaba todo aquello.

—¿Y por qué no hablas con tu padre?

Le dijo uno de esos domingos en que podían verse un rato. Su padre había hablado con sus tíos y quedaron en que, lo mejor para todos, era que Felipe dejara de jugar con Andrea. Así que solo podían verse un rato en el comedor, rodeados de adultos. Solían sentarse en el sofá y hablar en voz baja, pero luego venían los compañeros de Felipe a buscarlo para seguir jugando al fútbol y debía decirle adiós a Andrea.

—Sabes que mi padre nunca me escucha. Además, me va bien, ahora tengo amigos y mi padre no se enfada tanto. Todos ganamos.

—Tú no, Felipe. Solo haces lo que te dicen para que estén bien.

—Pero si ellos están bien a mí me dejan en paz, Andrea. De verdad, esto es mejor que lo que tenía antes.

Llamaron al timbre y Felipe suspiró, miró a Andrea con resignación.

—Tengo que irme, me gustaría quedarme...

—Lo sé, nos vemos la semana que viene.

Y así fue su vida los siguientes cinco años, hasta que algo cambió. No supo cómo sucedió, ni por qué. Rubén, su compañero de colegio, el primer chico que le habló en los vestuarios y que le ayudó a integrarse, y que se podría decir que era su mejor amigo, cambió para él. Rubén no hizo nada, no cambió nada, fue Felipe quien cambió, algo sucedió que escapó a su entendimiento, a su control.

Fue a entrenar como cada día y fueron a los vestuarios. Rubén comenzó a desvestirse para cambiarse y Felipe miró sus brazos, sus pectorales, sus piernas. Rubén era un chico fuerte y atlético, como Felipe, no en vano entrenaban cada día. De pronto, Felipe sintió algo en el estómago, un rubor en las mejillas, le gustaba ver el cuerpo desnudo de Rubén y aquello le descolocó por completo.

—¿Se puede saber qué estás mirando? —le preguntó Rubén con el ceño fruncido.

Felipe ni se dio cuenta, pero se había quedado mirándole como embobado, igual que un chico recién enamorado, pero eso debería haberle pasado con una chica.

—Nada, estaba pensando.

—Pues piensa mirando a otro lado, me das escalofríos, tío, no vuelvas a mirarme así.

Se dio prisa en vestirse y salió del vestuario sin decirle nada más. ¿Y cómo le había mirado? Se sentía tan avergonzado, ¿qué había pasado? Desde entonces, cada vez que veía a Rubén se ponía nervioso, siempre pensaba en él, incluso se imaginaba acariciando su pelo o cogiéndole de la mano. Y aquello no era normal, ¿por qué le pasaba eso? Quería que le gustase una chica, ser normal, pero miraba a las chicas y no sentía nada, las veía como compañeras, incluso las envidiaba, quería ser como ellas, poder hablar como ellas.

Solo se lo contó a una persona, Andrea.

—Felipe, ¿te has parado a pensar que, tal vez, te guste ese chico?

Él la miró entristecido.

—Eso es imposible, no sería normal. Soy un chico y me gustan las chicas.

—Ah, ¿sí? ¿Hay alguna que te guste en el instituto?

—No me he fijado.

—Exacto, porque no te interesan, pero Rubén te gusta.

—Que no, no seas pesada, eso no es posible.

—Es por tu padre, ¿verdad?

Felipe bajó la mirada.

—Me mataría si se enterara de algo así. No, Andrea, me gustan las chicas, seguro que algún día encuentro una que me guste, solo que aún es pronto.

Andrea le abrazó.

—Sea quien sea, yo estaré a tu lado.

Siempre encontraba consuelo en Andrea, aunque ya casi nunca podían hablar. Hasta que, un domingo, le dio una grata sorpresa.

—Mis padres van a cambiarme de instituto, ¿y sabes qué? Les he convencido para que me apuntaran al tuyo, vamos a ir juntos al colegio, ¿no es genial?

Andrea iría con él al instituto, podrían pasar mucho tiempo juntos, era más que genial, era maravilloso. Lo que no fue tan idílico fue escuchar la conversación que tuvieron sus padres aquella noche. Se levantó a beber agua, fue sin hacer ruido para no despertarles, pero todavía era temprano y los escuchó hablar en la habitación. No iba a fisgonear, pero una palabra hizo que se detuviera y se acercara a la puerta.

—Dicen que es marica, ¿te lo puedes creer? Mi hijo un maricón, por encima de mi cadáver, ¿me oyes? —decía su padre.

—Cariño, Felipe es normal, tal vez haya pasado mucho tiempo conmigo y con Andrea y le haya hecho ser más sensible, pero Dios no querría algo así para nuestro pequeño, yo rezo por él todos los días. He oído que es una enfermedad, puedo llevarle a la iglesia después del colegio, seguro que el párroco puede hacer algo por él.

—No metas a la iglesia en esto, cuanta menos gente lo sepa, mejor. Yo me encargo, si es necesario lo sacaré del fútbol, no es bueno que esté tanto tiempo solo con esos chicos de su edad y desnudos en el vestuario. Es una suerte que tu hermana haya accedido a cambiar a Andrea de instituto, ahora sí debe relacionarse con chicas, alguna amiga de Andrea le gustará, estoy seguro, ir con chicas de su edad le hará ser un hombre. Ya verás cómo yo lo soluciono, mi hijo es un hombre, de eso me encargo yo.

3

Desde aquel día en el vestuario, Rubén no volvió a ser el mismo con él. Le evitaba y hablaba lo justo, contestándole con monosílabos, sin mirarle. Le hacía el vacío. Felipe no lo entendía, tampoco le había hecho nada. Habían sido amigos desde los once años, ¿una mirada un poco íntima rompía su amistad de años? De todos modos, sus días de fútbol estaban contados. Su padre ya había hablado con el entrenador y éste se había enfadado.

—Es mi mejor jugador, no puedes sacarlo ahora cuando están las finales a la vuelta de la esquina, ¿qué te ha dado ahora? Al chaval se le da bien, ¿por qué sacarlo del equipo?

—Tiene que ayudarme en el trabajo, quiero que empiece a aprender el oficio.

—Lo entiendo, pero ¿no puedes dejar que acaben las finales?

Su padre lo pensó, al final accedió, Felipe supuso que no quería levantar sospechas.

—Está bien, pero después se acabó el equipo para él, ¿entendido?

Y así quedaron las cosas. Para él mejor, el equipo ya no era lo mismo, los compañeros eran fríos con él y tampoco es que, con los años, le hubiera terminado gustado el fútbol, seguía pareciéndole un deporte aburrido así que, si lo sacaba del equipo, mejor.

Después todo cambió y mejoró cuando llegó Andrea al instituto. Ya eran adolescentes, casi quince años y Andrea era una chica guapa, tenía que reconocerlo, y también simpática, abierta, caía bien a la gente. No tardó en tener varias amigas y crear un grupo, en el que Felipe, por supuesto, estaba más que invitado. Él no molestaba, era un miembro más, adoraba a su prima, siempre le hacía la vida más fácil.

Después de entrenar siempre quedaba con las chicas, lo que llevó a más sospechas sobre su persona. Hasta que un día, Rubén volvió a hablarle.

—¿Por qué siempre estás con esas chicas? La gente habla, ¿sabes?

Felipe no le miró, estaba molesto, llevaba semanas sin hablarle y ahora le venía con esas.

—¿Y qué dicen?

Rubén se quedó callado, parecía pensar en la respuesta, al final se encogió de hombros.

—Tonterías, supongo.

—Me da lo mismo, la gente siempre habla, no me conocen, no sé por qué tienen que opinar de algo que no saben. —Miró a Rubén—. El grupo de chicas con el que voy son amigas de mi prima Andrea. Andrea y yo siempre hemos estado juntos, no solo es mi prima, es mi mejor amiga. Quedamos después de clase para volver juntos a casa. ¿Algo más?

Se levantó y cogió su mochila. Antes de salir Rubén le detuvo.

—Espera, tío, no te enfades, nosotros también somos colegas, ¿no?

—No lo sé.

Rubén le dio un pequeño golpe en el hombro.

—Claro, solo malentendí una mirada, ya sabes, por lo que dicen por ahí.

—Estoy harto de esto, ¿sabes? Lo que dicen por ahí, pero nunca me dices lo que has escuchado y si te lo crees, entonces no somos tan amigos como te piensas.

Salió del vestuario, pero Rubén le siguió.

—Espera, tienes razón, pero somos tíos, no quiero hablar de esas cosas. Oye, volvamos a ser colegas, vamos.

Felipe se detuvo para mirarle, ¿por qué tanta insistencia?

—No voy a volver a jugar los domingos al fútbol, ya tengo suficiente con los entrenamientos.

Además, ya no es lo mismo, supongo que te encargaste de hacer que los rumores parecieran ciertos, ¿no?

—Espera, ¿eso crees? Pues te equivocas, tío. Yo no dije nada, nunca he dicho nada de ti. Son los demás, hablan de ti, se burlan de tu manera de caminar, de mirar a otros chicos. Yo nunca he participado, hemos sido amigos muchos años, tío, ¿por quién me tomas?

Felipe se quedó sorprendido.

—Vaya, pues, gracias, supongo.

—Bah, déjalo. Oye, la verdad es que quería pedirte algo.

Ahí estaba, hablaba con él por interés.

—¿Qué? —dijo por curiosidad.

—Tu prima, ¿es la del pelo castaño rojizo? Bueno, se parece algo a ti, supongo que sí, siempre lleva coleta. ¿Es tu prima?

Felipe asintió.

—¿Me la presentas? Puedo acompañarte ahora, supongo que irás con ella a casa, ¿no? Os he visto todos los días, siempre os vais juntos. Podemos ir juntos y aprovechamos para presentármela, ¿qué me dices? Venga, por nuestra amistad.

Felipe torció la boca, Andrea era cabezota y segura de sí misma, muy selectiva.

—No sé, a ella le gusta elegir, no te prometo nada.

—Bueno, no le voy a pedir matrimonio, solo quiero conocerla.

Y así, juntos, caminaron hacia la salida. Cuando Andrea los vio salir juntos lo miró extrañada. Estaba sola, porque, como decía Rubén, a la salida solían ir solos a casa. Sus amigas ya se habían marchado, ella le esperaba salir del entrenamiento. Se acercaron a ella.

—Andrea, este es mi compañero Rubén. —No dijo amigo a propósito.

—Ah, este es Rubén. —le miró de arriba abajo, estudiándole. Recordaba la conversación con Felipe y sabía quién era ese Rubén.

Rubén levantó la mano.

—Hola.

Ella no se la estrechó.

—¿Y qué quieres? —le preguntó.

Rubén tragó saliva, aquella chica era directa y decidida, intimidaba un poco.

—Bueno, me preguntaba si te gustaría ir al cine un día, o dar un paseo.

Andrea miró a Felipe y luego a Rubén.

—Ahora tengo prisa, ya hablamos mañana. Vamos, Felipe, tenemos que irnos.

—Vale, pues mañana nos vemos.

Se despidió Rubén viéndolos marchar. Andrea se cogió del brazo de Felipe y caminaron a buen paso. Cuando estuvieron lejos, Andrea se atrevió a hablar.

—Pero ¿ese no es el chico que te gusta? —le preguntó.

—Ya te he dicho que no me gustan los chicos. Si a ti te gusta, puedes quedar con él.

—A ver, es guapo, está fuerte, pero salir con él te haría daño, no quiero hacerte daño, Felipe.

Felipe se detuvo y la miró.

—Tú nunca me harías daño y si te gusta, sal con él, yo seré feliz si tú eres feliz. —Volvió a caminar—. Deja que uno de los dos sea feliz, al menos.

Andrea la apretó el brazo con cariño.

—Eres una gran persona, Felipe, siento que el resto del mundo no lo vea así.

—Con que tú lo veas me es suficiente.

—Pues si no te importa, quedaré con él, quiero conocerle un poco, pero si te molesta...

—Andrea, de verdad, no me importa. Rubén es mi amigo y nada más. Bueno, ahora ya ni eso, solo ten cuidado, parece un buen chico, pero luego te das cuenta de lo falso que es.

—Entonces, ¿le digo que sí o no? Tampoco me gusta tanto.

—Puede que contigo sea mejor, puede que, al salir contigo, volvamos a ser amigos.

—Bueno, mira, saldré con él un día y si veo que es un idiota, pues adiós.

—Me parece bien.

Pero sentía algo dentro, un dolor extraño, una gran tristeza.

Le llamó por teléfono para que la ayudara a elegir ropa. Pese a ser, en apariencia, una chica dura que sabía lo que quería, no dejaba de ser su primera cita y no sabía muy bien qué hacer. Felipe acudió a su llamada sin pensarlo y pasó la tarde con ella en su habitación. A sus tíos no parecía importarles que se estuvieran haciendo mayores, o tal vez no habían asumido todavía que ya eran adolescentes. Lo cierto era que podían estar juntos en el cuarto con la puerta cerrada sin que nadie les llamara la atención. Él había mostrado su inquietud un par de veces, pero Andrea siempre le decía que estuviera tranquilo, sus padres eran modernos, liberales y eran familia, sabía que no harían nada malo.

—Todos sabemos que eres un chico correcto, obediente, jamás haría nada malo.

Aquello no supo cómo tomárselo. Él también sabía que nunca haría nada malo con Andrea, era su amiga, su prima, crecieron juntos, la quería un montón, pero ser el chico bueno, obediente, a su edad, le parecía ser poca cosa, insignificante, ¿no debería hacer alguna gamberrada? Emborracharse, decir palabrotas con los colegas, saltar alguna valla con el cartel prohibido el paso, algo que le hiciera sentirse adolescente, rebelde. De todas formas, pensara lo que pensase, le sentara bien o mal, él sabía que no haría nada de esas cosas, sencillamente era incapaz de hacer algo incorrecto.

—¿Qué tal este?

Le preguntó ella saliendo del vestidor. Felipe estaba sentado en el borde de la cama, con las piernas cruzadas y las manos cogidas entre la rodilla que quedaba arriba. Movía nervioso la pierna. Su prima era una joven guapa, de cabello largo, castaño rojizo, ojos color avellana claro, grandes y expresivos. Boca pequeña, al igual que su nariz, lo que le daba un aspecto delicado a su rostro. Cejas poco pobladas, pómulos sonrojados, delgada, estatura media. Felipe se había dado cuenta en el instituto que muchos chicos la miraban. Él era bastante parecido a ella, pelo castaño oscuro, ojos grandes color castaño oscuro, con la misma forma que los de ella. Él era algo más alto, también delgado, complexión fuerte gracias al deporte. Sus amigas decían que era un chico guapo, él no sabía qué pensar. Ahora miraba a Andrea que llevaba un vestido de color rosa hasta las rodillas, con volantes en las mangas y el cuello, ligero y unas botas baqueras de color marrón. Felipe, pese a que el vestido le gustaba, dijo que no.

—Esas botas quedan fatal y es una noche fría, te vas a pelar. Además, solo vais al cine, ponte algo cómodo. Y él es un chico bastante superficial, no creo que se fije en tu ropa.

Ella asintió y volvió a meterse en el vestidor. Salió al poco con un jersey de manga larga color blanco, un pantalón tejano y botines negros. Felipe se encogió de hombros.

—No está mal.

Andrea se miró en el espejo.

—Sí, esto está bien, informal, cómodo y calentito. —Se giró hacia Felipe—. Como tú dices, solo voy al cine, voy a conocerle, tal vez sea un completo imbécil y no quiera volver a verle.

—No sé qué decirte. —Miró hacia otro lado.

Andrea se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Si quieres me quedo.

Felipe la miró y sonrió.

—Ni hablar, ¿por qué ibas a quedarte? A ti te gusta, ¿no?

Ella hizo un mohín.

—A ver, hay que reconocer que es un chico guapo, pero hay algo en él que, no sé, por eso quiero conocerle. Es como..., un poco chulo, no sé cómo explicarlo.

Felipe se rio.

—Por eso debes ir con él. Conmigo siempre habla de fútbol, espero que contigo hable de otra cosa.

Ella le miró desconcertada.

—Mira que se me quitan las ganas de ir. Odio el fútbol.

Felipe volvió a reír.

—Pues vaya chico que has elegido, sabes que es el capitán del equipo, ¿no?

Andrea también se rio.

—Supongo que no es mi mejor elección, pero es que está tan bueno. —Y se volvió a reír.

Llamaron al timbre y los dos se quedaron callados, mirándose. Al poco unos pasos y unos golpes en la puerta, la madre de Andrea la avisaba que su cita había llegado. Felipe se levantó e hizo un gesto con la cabeza para animar a Andrea a seguirle. Ella así lo hizo y juntos bajaron la escalera. Y allí, en el recibidor, estaba Rubén, esperando. También iba informal, con la chaqueta marrón que llevaba cada día, tejanos, camina azul y deportivas del mismo color. Iba bien peinado y olía a colonia. Al ver a Felipe se sorprendió un poco.

—Hola, no sabía que estarías aquí. —le dijo.

—No, yo ya me voy, que os lo paséis bien. —dijo dándole un beso en la mejilla a Andrea. Luego le guiñó un ojo y se despidió del resto.

Ahora Andrea se quedaba sola con Rubén, irían al cine, tomarían algo y luego él la traería de vuelta a casa. Felipe se quedaría en su habitación, esperando que ella le llamara y le contara qué tal le había ido. En el fondo, la envidiaba, y sin querer reconocerlo, le hubiera gustado estar en su lugar.

5

—Cariño, Andrea al teléfono.

Era su madre que le avisaba desde el pasillo. Felipe estaba estudiando para el examen de matemáticas, a la espera de que estuviera la cena. Tal vez se le había pasado la hora. Miró el reloj, eran casi las siete de la tarde. La película que iban a ver en el cine empezaba a las seis, no podía haber terminado todavía. ¿Por qué le llamaba Andrea tan pronto? Intrigado, salió del cuarto y cogió el teléfono.

—¿Andrea?

—Puedes venir a mi casa, por favor.

Su voz se notaba triste.

—¿Ya estás en casa?

—Ven pronto y te explico...

Se le quebró la voz, como si fuera a llorar y colgó el teléfono.

—¿Andrea? —dijo Felipe, pero solo escuchó el sonido de la llamada cortada. Miró el teléfono, confuso.

Su madre se le acercó.

—¿No salía Andrea hoy con ese amigo tuyo?

—Sí, pero ya está en casa y me ha pedido que vaya, se la veía triste.

—¿Triste?

Él se encogió de hombros.

—Voy a acercarme, no sé qué habrá pasado.

—Está bien, pero no te entretengas, quiero que estés aquí para la cena.

—¿No puedo cenar allí?

Su madre le miró pensativa.

—Bueno, depende de cómo esté Andrea, de todos modos, llámame para saber qué pasa, ¿de acuerdo? Luego llamaré a mi hermana, a ver si le ha contado a ella algo.

—Vale, me voy.

Cogió la chaqueta y fue a casa de Andrea, estaba a unos diez minutos andando, pero hizo el camino en cinco, apretando tanto el paso que le dolieron las pantorrillas. Fue su tía quien le abrió la puerta.

—Gracias por venir, cielo. No quiere hablar conmigo y se ha encerrado en su cuarto, a ver si contigo quiere hablar. Ha venido cerrando la puerta de un portazo, ha subido las escaleras corriendo y se ha encerrado. Me ha dicho que quería estar sola, ¿sabes si ese amigo tuyo es de fiar? Estoy preocupada.

—Le conozco desde que éramos pequeños, es un buen chico, al menos en clase y en fútbol, no sé cómo es en privado, no le conozco tanto.

Su tía asintió mirando arriba de las escaleras, luego le miró a él.

—Sube, contigo querrá hablar, cualquier cosa me avisas, estaré en el salón.

Él asintió y subió. Se detuvo frente a la puerta cerrada del cuarto de Andrea. Fue a llamar, pero ella le abrió de inmediato.

—Pasa.

Le dijo cogiéndole de la camisa y pasándole dentro, luego cerró corriendo y echó el pestillo. Después se tiró en la cama, había varios pañuelos esparcidos por ahí, había estado llorando, de hecho, todavía tenía los ojos llorosos y enrojecidos. Felipe se sentó a su lado y le acarició el pelo.

—¿Qué ha pasado? —le dijo con cariño.

—Tú amigo es un cerdo, no quiero saber nada más de él y tú no deberías ir con él, es un capullo.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó poniéndose en tensión.

Ella negó.

—Pero lo ha intentado, todo iba bien hasta que empezó la película y se quedó todo a oscuras. Se acercó a mí, me cogió la mano, le dije que no había tanta confianza. Se acercó más, me besó el cuello, le dije que se estuviera quieto, me pasó la mano por el muslo, le di un manotazo y él me cogió del mentón, con fuerza y me besó. Me aparté y me puse de pie. Salí del cine y él me siguió. Y me dice, ¿a dónde vas?, y yo le contesto que a casa. Y me suelta que soy una estrecha, que si me gustan los chicos. Le digo que a qué viene eso y él dice, puede que venga de familia, tu primo gay y tú una lesbiana, por eso no me dejas tocarte. Le doy una bofetada y él me la devuelve. Me sentí tan humillada que eché a correr y no paré hasta llegar a casa.

Entonces se puso a llorar otra vez. Felipe la abrazó, intentando consolarla, pero por dentro estaba lleno de rabia.

—No debí quedar con él, pero así mejor, así hemos visto que es un cerdo.

Felipe le acariciaba la espalda. Así que Rubén era de los que les gustaba aprovecharse de las chicas. Y él que creía que era un buen chico.

—Tranquila, ya estás en casa y te prometo que ese tío no te volverá a hacer daño.

Al llegar a casa su madre corrió a su encuentro.

—¿Cómo está Andrea? ¿Te ha dicho algo?

—Está triste, su cita no salió como ella esperaba, pero no quiero contar algo que ella prefiera callar de momento. Cuando esté preparada, supongo que hablará con la tía y ella te lo contará a ti.

Su madre asintió.

—Pero ese amigo tuyo, le conoces desde críos, ¿pensaste que podía hacer daño a tu prima?

—¿Cómo iba a pensar yo algo así? Si hubiera sabido que era un imbécil jamás le hubiera dejado salir con Andrea.

—Bueno, lávate las manos, vamos a cenar, no le digas nada a tu padre, ya sabes cómo es e iría al instituto, no sé, mejor que no sepa nada.

Felipe asintió pensando que no hacía falta que su padre fuera al instituto, él iría al día siguiente, y vería a Rubén.

6

Antes incluso de entrar al instituto, fue directo hacia Rubén sin quitarle la vista de encima. Rubén estaba de espaldas a él, Felipe le cogió del brazo con fuerza, le obligó a darse la vuelta y, sin esperar a que reaccionara, le propinó un puñetazo. Escuchó cómo Andrea gritaba, pero la ignoró. Rubén le miró con ira y fue a devolverle el puñetazo, pero Felipe lo paró con el antebrazo y lanzó otro puñetazo hacia el mentón de Rubén, que cayó al suelo. Sintió que alguien le agarraba el brazo, era Andrea.

—Para, no seas idiota, te expulsarán.

—Eres un cerdo. —Le dijo a Rubén que le miraba desde el suelo con odio, se limpiaba la sangre del labio partido.

—Mejor ser un cerdo que un marica de mierda.

Felipe fue a darle una patada, pero varios chicos le cogieron para detenerle.

—Para de una vez, no vale la pena. —decía su prima angustiada.

Le empujaba para entrar al instituto.

—Maricón, todo el instituto se va a enterar de quién eres de verdad.

—Un marica no te habría partido la cara y si quieres más, podemos quedar después de clase.

—Le dijo Felipe.

Rubén se ponía de pie.

—No vas a volver a ponerme una mano encima, marica, no quiero contagiarme. —Escupió en el suelo.

Andrea seguía empujando a Felipe.

—Ahora vas a estar en boca de todo el instituto. —Le dijo cuando ya estaban bastante lejos de la multitud—. Espero que los puñetazos que le has dado a ese imbécil sirvan para que no se crean lo que diga.

—Me da igual, se lo merecía.

—Eres tonto, no tenías que haberlo hecho.

—Te pegó.

—Lo sé, pero no quiero que te hagan daño.

—Lo mismo digo y yo puedo defenderte.

Andrea le miró un poco indignada.

—Oye, yo también puedo defenderme, y puedo defenderte a ti, se me ha ocurrido algo, ¿sabes qué puedes hacer? Salir con una de mis amigas. Núria está coladita por ti. Eso acallará los rumores, ya sabes.

Él se encogió de hombros. Eso también apaciguaría a su padre.

—Supongo que estará bien.

—Seguro que sí y ese imbécil no tendrá nada que hacer. Vamos a clase, yo hablaré con Núria.

Al pasar los días, la amenaza de Rubén dejó de ser amenaza para pasar a ser una realidad. El rumor de que era gay se extendió por el instituto como la pólvora y del instituto, llegó hasta su casa. La primera en enterarse fue su madre.

—Cariño, me han dicho que hay ciertos rumores en el instituto.

Le soltó a la hora de la comida. Lo miraba fijamente, pero Felipe ya estaba acostumbrado. Se encogió de hombros.

—Mentiras. Le pegué a Rubén y me amenazó con decirle a todo el instituto esos rumores.

—El cura me ha dicho que tiene cura, ¿lees la Biblia cada noche?

—Claro. —Era mentira, le aburría demasiado, pero ella no lo entendería.

—Seguro que tú, que tú no..., que tú no...

Se la veía incómoda, era hora de poner en marcha el plan de Andrea.

—Mamá, deja de preocuparte, solo son rumores por un chico enfadado conmigo, le pegué delante de todos sus amigos, de todo el equipo de fútbol, quedó en ridículo y ahora hace correr esos rumores. Me gusta Núria, la amiga de Andrea y he pensado en salir con ella, si quiere, claro.

Se puso a comer quitando importancia al asunto. De reojo vio que su madre suspiraba aliviada.

—Eso es bueno, me quitas un peso de encima y tu padre estará contento. Cuando quedes con esa chica, ¿puedes traerla para conocerla? Así todos tranquilos.

Él asintió.

—Espero que a ella no le importe, solo la invitaré al cine o algo así, presentarle a mis padres así de primeras, no sé, tal vez no quiera.

Su madre asintió, pensativa.

—Ya, puede que tengas razón, pero inténtalo.

Así que, esa misma tarde, llamó a Andrea para comentarle la conversación que había tenido con su madre.

—No creo que Núria quiera conocer a tus padres en una primera cita, ¿acaso tu madre no lo entiende?

—Todo este revuelo en el instituto la tiene preocupada, quiere asegurarse de que me gustan las chicas. Intentaré que pase por casa después del cine, no sé, a beber algo, y luego la llevaré a casa. Pero no le digas nada, no quiero que piense que quedo con ella para demostrar que no soy... ya sabes.

—Tranquilo, tampoco va a ser nada serio, ¿no?

—No, bueno, es guapa, pero no la conozco, no sé si me gusta o no.

—Vaya, así que es guapa. Núria se alegrará de saberlo, está loquita por ti.

—Oye, no quiero que se haga ilusiones.

—No te preocupes, siempre podéis quedar como amigos.

Decirle a Núria si quería salir con él fue más sencillo de lo que pensaba. Cuando ella le vio acercarse, se le iluminó la cara y le apareció una amplia sonrisa. Estaba claro que Andrea ya había hablado con ella.

—Hola, Núria, ¿podemos hablar?

—No hace falta —dijo con una risa nerviosa—, sí quiero, es decir, que claro que quiero ir al cine contigo. —Y volvió a reírse sin motivo.

—Esto... vale, pues te recojo en tu casa a las cinco.

—La verdad —dijo Andrea que estaba junto a Núria—, le he dicho que vaya ella a tu casa, para que tus padres la vean, así luego podéis estar tranquilos, ¿qué te parece?

Él se quedó pensativo y se encogió de hombros.

—Prefería ir yo a buscarla, pensé que era lo adecuado, pero si a ti no te importa... —dijo Felipe al fin.

—No, para nada, pasaré por tu casa, no me importa.

—Vale, pues quedamos así. —dijo Felipe algo desconcertado.

Andrea se le acercó y le cogió del brazo, apartándolo de Núria y le dijo en voz baja.

—Te dije que está coladita por ti, es una buena chica, si no te gusta no le des falsas esperanzas, ¿vale?

Él asintió y sonó el timbre para entrar en clase.

Durante todo el día, Núria pareció evitarle, parecía nerviosa y cohibida. No se separaba de Andrea y él pasó casi todo el rato solo. Por fin llegó el final de las clases y cada uno se fue a casa para comer.

Quedar con Núria resultó ser todo un acontecimiento. Su madre estuvo limpiando la casa a fondo y su padre salió antes del trabajo para conocer a la chica afortunada.

—Hijo, me siento orgulloso, has defendido a tu prima y ahora sales con su amiga, conozco a sus padres, son buena gente y ella es una niña obediente, buena estudiante, has elegido bien. Sabía que irías por el buen camino, mis decisiones han dado sus frutos. —Le dijo su padre solemne, poniéndole una mano en el hombro.

—Y de Dios, no lo olvides. —dijo su madre abrazando la Biblia.

Núria llegó al rescate, el timbre de la puerta sonó y evitó que su padre siguiera sermoneándole. Felipe abrió mientras sus padres esperaban algo más atrás, uno al lado del otro, como si esperaran a una princesa.

—Hola. —saludó Felipe a Núria.

—Hola. —dijo ella tímida.

Felipe se apartó un poco de la puerta.

—Estos son mis padres.

—Hola.

Sus padres se le acercaron para estrecharle la mano.

—Hola, guapa, ¿cómo están tus padres? —dijo su padre.

—Bien, gracias.

—Bueno, dejemos a los chicos, pasarlo bien y no lleguéis tarde. —dijo su madre con una sonrisa.

—En cuando termine la película la llevo a casa y vuelvo. —dijo Felipe.

—Bueno, hijo, puedes quedarte con ella un rato, en casa a las diez. —dijo su padre, nunca le había visto tan benevolente y feliz.

—Vale, bueno, nos vamos o llegaremos tarde.

Agradeció poder irse un rato de casa y sentir el aire fresco en la cara. La situación había sido algo incómoda. Cogieron el autobús para ir al cine. Casi no hablaron. Ella se había arreglado para la cita, poniéndose un vestido color turquesa y recogiendo el pelo en una coleta, también se había maquillado un poco. Él iba con la misma ropa con la que había ido al instituto.

—Me han dicho que es una buena película. —dijo ella para romper el silencio.

—Sí, tiene buenas críticas, se ve que los efectos especiales son espectaculares.

Ella asintió sin saber qué más decir.

En el cine, pagaron cada uno su entrada y se sentaron casi al final. Comieron palomitas, cada uno de un bol y bebieron un refresco. No se dijeron nada hasta que terminó el film.

—Ha estado bien, ¿no crees?

Ella asintió.

Una vez fuera, ella se detuvo para mirarle.

—¿De verdad eres gay? —le preguntó sin más.

—¿Perdona? —dijo él descolocado.

—Ya sabes, se oye en el instituto y conozco a Rubén desde críos, me ha dicho que sueles mirarle mucho en el vestuario, ¿es verdad?

Prefería cuando estaba callada.

—No, no es verdad, Rubén está enfadado porque le pegué, es todo.

—Yo creo que has quedado conmigo para acallar los rumores, no soy tonta, ¿sabes? Además, he salido con otros chicos y siempre han querido besarme.

Él la miró ruborizado y desconcertado. Pensó que él era su primera cita, tal y como se la había descrito Andrea, Núria parecía una chica inocente, algo tímida y que estaba coladita por él.

—No hemos hablado casi nada, ¿cómo quieres que te bese en el cine sin más? Primero quiero conocerte. —Se defendió.

—Ya, claro, sé que me has utilizado, mira, no me importa, Andrea es mi mejor amiga y puedo hacerle el favor, pero no pienses que voy a quedar otra vez contigo, nunca me he aburrido tanto. Solo he quedado contigo porque Andrea me lo ha pedido y porque eres el chico más guapo del instituto. Quería salir con el tío bueno, el que antes era el mejor jugador del fútbol, pero ahora veo que ya no es así. De cerca eres bastante normal y eres un tío soso, de lo más aburrido. Ahora sé que los rumores son ciertos. Ah, y no hace falta que me acompañes a casa, prefiero volver sola. Y no te preocupes, les diré a todos que me lo pasé muy bien. No quiero que Andrea se enfade conmigo.

Empezó a alejarse. Felipe no sabía qué hacer, corrió hacia ella y la detuvo.

—Puedo besarte ahora, si quieres.

Ella le miró extrañada y divertida.

—Si quisieras besarme lo habrías hecho sin preguntar. Pero bueno, sí, puedes besarme.

Levantó la cara y cerró los ojos. Felipe la miró unos segundos, ¿tenía que besarla? Cogió aire y se agachó un poco para poner sus labios sobre los de ella. No abrió la boca, no se detuvo, nunca había besado a nadie. Se retiró y la miró.

—¿Qué tal? —Le dijo nervioso.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Ha sido como besar a mi hermano, déjalo, me voy a casa. Nos vemos mañana en el instituto.

Y la vio alejarse, dejándole solo a la salida del cine, sin saber qué había pasado, ni qué había hecho mal.

8

—Es una idiota.

Le dijo Andrea al salir de clase mientras volvían a casa.

—No me conoce y ha hecho caso de los comentarios.

—Te digo que es una idiota, si se cree los comentarios, ¿por qué me dice que está como loca por salir contigo? Me dijo que le gustabas.

Felipe se encogió de hombros mirando hacia delante.

—No sé, por lo visto fui demasiado formal, ella esperaba una cita más, ¿intensa?

Andrea le miró divertida.

—Vamos, que es una guarrona, no me la imaginaba así, tan descarada, pensé que era más modosita.

—Al menos me dijo que era el chico más guapo del instituto.

Ella se rio para, al segundo, quedarse callada. Se detuvo y le detuvo a él poniéndole la mano en el antebrazo. Felipe la miró y vio que fijaba su mirada delante, un poco a la izquierda. Dirigió su mirada hacia donde lo hacía ella y vio a Núria mirando un escaparate con Rubén, cogidos de la mano.

—Será... —dijo Andrea enfadada.

—Tranquila, él siempre será el segundo chico más guapo del instituto. Déjalo, son tal para cual, no te comas la cabeza.

Ella sonrió.

—Eso sí, pero me da rabia que me engañara así. Creí que le gustabas y ahora está con ese imbécil. Espero que no quedara contigo para decirles luego a los demás... —Le miró, entristecida—. Lo siento, no tenía ni idea.

—Supongo que me quedaré con esa etiqueta siempre, lo bueno es que el instituto no durará siempre.

—Ya, pero esa no va a ser amiga mía nunca más.

—Ni él amigo mío, vaya dos, somos únicos a la hora de conocer gente.

Ella se rio.

—Bah, quién necesita a esos idiotas, nosotros no solo somos primos, somos amigos, tú eres mi mejor amigo.

Él le pasó un brazo por los hombros y le sonrió.

—Siempre juntos, ¿vale?

—Pues claro, tonto.

Se separaron y cada uno tomó la dirección de su casa. Ambos vivían en casas adosadas, pero la diferencia era que la de Felipe era de una sola planta, sin patio, ni lujos, a su madre le gustaba vivir de forma sencilla, mientras que Andrea tenía una casa de dos plantas con jardín. A él le encantaba ir en verano a la piscina y a comer barbacoa. Al entrar escuchó que estaba puesta la radio, una emisora católica donde hablaban de la Biblia y de Jesús, el monotema que le gustaba a su madre y que tanto le aburría a él. Vio a su madre que estaba preparando la mesa, al verle llegar le llamó.

—Ahora te ayudo. —le dijo él.

Dejó la mochila y la chaqueta y entró en la cocina para buscar unos vasos.

—Cielo, ¿qué tal con esa chica? —le preguntó ella, parecía triste. Su voz sonaba apagada.

—Bien, es maja, pero no sé si seremos algo más que amigos. —No quería decirle la verdad.

—Bueno, aún eres joven. —Le acarició el pelo y sonrió con tristeza—. Quiero que me prometas algo.

Parecía tan solemne que le asustó un poco.

—Claro. —dijo inquieto.

—Prométeme que te casarás cristianamente, que formarás una familia, que harás que tus padres se sientan orgullosos de ti, prométemelo. Yo no estaré aquí siempre.

—¿Por qué dices eso?

—Es probable que el Señor me llame a su lado. Si algo no saliera bien, quiero marcharme de este mundo sabiendo que mi hijo es un buen hombre. Y no quiero que estés triste, estaré bien, sabes que el Señor siempre está a nuestro lado, no estaré sola y cuidaré de ti, esté donde esté.

Felipe la miró asustado mientras ella le colocaba bien el flequillo, con cariño y una sonrisa triste en los labios.

—¿Por qué me hablas así?

—Por favor, prométeme que serás un hombre respetable y que te casarás por la iglesia. Haz feliz a tu madre, solo prométemelo.

Él seguía mirándola, ¿cómo podía hablarle de dejarle con esa tranquilidad? Asintió, él solo quería hacerla feliz.

—Te lo prometo.

9

Diez años después.

Su padre le enseñó el oficio. Era mecánico, tenía un taller y, al sacarle del fútbol, empezó a llevarle al trabajo para enseñarle todo lo que debía para seguir con el negocio. Su madre murió poco antes de que acabara el instituto y, cuando terminó, se quedó ayudando a su padre. Le contrató y se quedó con él en el taller. Andrea, por el contrario, fue a la universidad. La verdad es que a Felipe no le molestaba trabajar y no haber ido a la universidad con Andrea. Tal vez hubiera preferido poder elegir el empleo y no tener que pasar tantas horas con su padre. Pero, tras la muerte de su madre, a ambos les fue bien centrarse en el trabajo. Casi nunca hablaban de otra cosa que no fuera la reparación de algún coche. Tampoco le consoló cuando lloró por la pérdida, ni en el entierro se acercó para darle un abrazo. Guardaba las distancias.

El instituto fue a peor después de salir con Núria, llegó a oídos de su padre que le llamaban gay y se enfadó tanto que estuvo varias semanas sin hablarle. Después su madre empezó a estar cada vez peor y se centraron en ella. No hubo discusiones, ambos querían, por una vez, lo mismo, que ella estuviera lo mejor posible. Fue un año difícil, ver a su madre tan enferma fue duro, pero él no la dejó sola, al menos supo que estuvo siempre acompañada. Su padre también estuvo a su lado, incluso dejó de ir a sus partidas de dominó. Al final, de una manera extraña, resultó que la quería y tampoco la dejó sola. Su madre consiguió que estuvieran juntos. Siempre fue una mujer excepcional. Una vez les dejó, la relación entre ellos dos fue algo forzada, pero sin discusiones, en memoria de su madre. Sin mencionarlo, ambos la añoraban y sufrían su pérdida en silencio, a solas.

Con el tiempo, el dolor fue más llevadero y el trabajo le ayudó a seguir adelante. El trabajar con su padre tenía sus ventajas, recibía un buen sueldo, así que se decidió y buscó un alquiler para vivir por su cuenta. Ya era demasiado trabajar con su padre para tener que aguantarle también en casa. Cuando Andrea se enteró quiso irse a vivir con él, con lo que, pagar el alquiler, fue mucho más cómodo. Ella trabajaba en un bar restaurante, por lo que podía aportar su parte.

Vivir con Andrea era lo mejor de todo, aunque, con el trabajo, casi no se veían. Andrea tenía un horario complicado, a veces de mañana, otras de tarde noche, luego los fines de semana. A ella decía que le gustaba su trabajo porque le daba la oportunidad de conocer a mucha gente y se le daba bien. Felipe no lo ponía en duda, con lo alegre y social que era, sus clientes no dudaban en repetir. Se hacía querer y por eso, su jefe, le subió el sueldo, incluso no tardó en hacerla encargada. Respecto a los estudios, Andrea terminó la carrera de Bellas Artes, sabía que no era una carrera con muchas salidas, pero, según ella, prefería trabajar siempre en un bar, que estudiar algo que no le aportara nada, le aburriera o no lograra aprobar. Quiso aprovechar esos años haciendo algo que le gustara. A Felipe le encantaba su forma de pensar y su tenacidad. Una vez terminó la carrera, tal y como se temía, tuvo que seguir trabajando en el bar. Solía dibujar en sus ratos libres, pero solo como afición. A Felipe le entristecía que no tuviera la oportunidad de enseñar su talento, pero ella decía que no le importaba.

—Soy realista, Felipe, estudié lo que me gustaba, pero en todo momento tuve los pies en la tierra, sabía que era difícil encontrar trabajo con esa carrera, además, me gusta mi trabajo y he podido ascender, me gusta ser encargada, me siento importante.

Y como siempre era tan optimista, Felipe no podía saber si era realmente feliz o no. Lo cierto es que lo parecía, más que él al menos, que debía trabajar con su padre.

En ese momento, Felipe estaba bajo un coche arreglando los frenos, concentrado en el trabajo

y cubierto de grasa. De fondo se escuchaba la radio.

—Perdona, hola, ¿podrías ayudarme?

La voz de una mujer le hizo parar y salir de debajo del coche. Cogió el trapo ennegrecido que siempre llevaba colgado del cinturón y comenzó a limpiarse las manos. Se puso en pie y saludó a la joven que estaba frente a la entrada del taller. Debía tener su edad, tal vez algún año menos, veinticinco, veinticuatro. Tenía el cabello largo de color castaño, algo ondulado, lo llevaba suelto. Sus ojos grandes y oscuros se veían vivaces y alegres. Llevaba un vestido de color violeta claro, con estampado de pequeñas flores. Zapatos planos y un bolso pequeño. Sus mejillas estaban algo sonrosadas por haber estado caminando durante largo rato bajo el sol. Aquel día de primavera era soleado y la temperatura era algo más que agradable, cerca de hacer calor.

—Se te ha estropeado el coche. —afirmó él.

Ella sonrió.

—Supongo que es obvio. —Rio algo nerviosa—. Me he quedado tirada y mi móvil no tiene batería, no he podido ni llamar a la grúa. Nadie ha parado, ¿te lo puedes creer? He visto que el pueblo no quedaba lejos y al llegar un hombre muy amable me ha indicado este taller. Necesito llamar a la grúa.

En ese momento apareció su padre por detrás.

—Por supuesto, pasa y coge el teléfono, también puedes cargar tu móvil mientras esperas.

—Es muy amable.

Miró a Felipe con una sonrisa y pasó al interior, su padre se dispuso a seguirla, pero antes le dijo a su hijo en voz baja.

—Es guapa, ¿te has fijado?

Le guiñó un ojo y acompañó a la chica. Felipe la miró con más detenimiento. Sí, se podía decir que era guapa, normal y parecía buena persona, educada, simpática. Pero había muchas chicas así, ¿qué quería ahora su padre? No la conocía de nada, arreglarían su coche y posiblemente no la volvería a ver.

Otro cliente entró para recoger su coche, Felipe se hizo cargo. Poco después vio a la joven sentada en una de las sillas del taller, esperando a la grúa. Felipe terminó con el cliente y se acercó a ella.

—¿Todo bien?

—Oh, sí, tardarán una media hora. Tu padre es muy amable, me ha dejado cargar el móvil. Te llamas Felipe, ¿no?

Asintió.

—Yo soy Mati, de Matilde. Esto... —Bajó la mirada—, no sé si es que a tu padre le gusta hablar más de la cuenta, pero... —Alzó de nuevo la mirada—, me ha dicho que no tienes pareja. —Se ruborizó un poco.

Felipe echó un rápido vistazo al interior, buscando con la mirada a su padre. ¿Por qué le decía eso? ¿No podía dejarle en paz?

—Lo siento, no suelo ser tan directa, de verdad, siento si te he incomodado, no tienes que contestar. —Volvió a mirar al suelo.

—No tengo pareja. —dijo él mirándola, se la veía un poco indefensa, sensible, delicada, un encanto.

Ella le miró sonriendo.

—Yo tampoco.

Él también sonrió. ¿Y ahora qué?

—No sé si querrías que nos conociéramos un poco más —dijo ella—, tomar algo, hablar, al

verte me has parecido un chico muy atractivo, la verdad, parco en palabras, pero..., no sé, hay algo en tu mirada... —Volvió a sonrojarse y rio nerviosa—. Lo siento, no suelo ser así, ha sido un día muy raro.

—¿Quieres un poco de agua? Tenemos botellas frescas dentro.

Felipe se arrepintió al momento de lo que había dicho, nada apropiado después de que ella le pidiera una cita.

—Estoy bien, gracias.

Él asintió y miró hacia otro lado, cogió aire y se giró para mirarla.

—Me parece bien. —dijo algo torpe.

Ella arqueó las cejas.

—¿El qué? —preguntó Mati.

Felipe carraspeó.

—Me parece bien quedar a tomar algo y charlar, ¿cuándo quieres que quedemos?

La vio sonreír.

—¿Qué tal mañana cuando salgas del trabajo?

—Sí, vale, ¿dónde te recojo?

Ella sonrió negando con la cabeza.

—Te esperaré fuera, podemos ir al bar de la esquina y, si todo sale bien, puedes acompañarme a casa.

—De acuerdo, pues, tenemos una cita.

—Tenemos una cita.

10

—Espera, ¿he oído bien?

Andrea le miraba incrédula desde el otro lado de la mesa. Estaban cenando, después de un largo día de trabajo. Paró el tenedor a medio camino de la boca para esperar su respuesta.

—Tengo una cita mañana, sí. Es una chica bonita y encantadora.

—Que has conocido hoy en el taller.

—Sí, su coche la dejó tirada y su móvil también. Por supuesto mi padre tuvo mucho que ver, le dijo mi nombre, que no tenía pareja, en fin, le dio pie a que ella diera el paso y me dijera si quería tomar algo.

Andrea bajó el tenedor y le miró sorprendida, luego se puso seria.

—Así que es por tu padre, siempre tu padre. Deberías montar tu propio taller y mandarle a paseo de una vez, siempre se está metiendo en tu vida.

Él se encogió de hombros y revolvió con el tenedor su cena, pensativo.

—A mi madre le hubiera gustado que nos llevásemos bien. —dijo a media voz, le dolía recordarla.

—Felipe, tienes veintiséis años, trabajo, un piso, una prima estupenda, eres adulto e independiente, tu madre no está y lo único que quería es que fueras feliz, deberías decirle a tu padre que te dejara en paz.

Felipe la miró.

—No pasa nada, es mona, fue simpática, me apetece conocerla.

Ella lo miró unos segundos sin decir nada. Luego le hizo una pregunta que le incomodó.

—Pero ¿a ti te gusta? ¿de verdad?

Andrea parecía leer su mente, le conocía mejor que nadie. Él sostuvo su mirada y contestó convencido.

—Sí, me gusta, no quedaría con ella si no me gustara, ¿contenta?

Ella suspiró.

—No me importa con quien salgas, Felipe, siempre que seas feliz, siempre que sea realmente lo que tú quieres y no lo que otros esperan que hagas, ¿me entiendes?

—No seas pesada, —dijo molesto—, ya te he dicho que me gusta, podría haberle dicho que no. No lo he hecho para satisfacer a mi padre, ¿vale? Es una chica agradable, simpática y me apetece conocerla, ha sido mi decisión, no soy un pelele.

Se levantó y se metió en su cuarto, a veces Andrea era demasiado directa y algo pesada. Escuchó que arrastraba la silla, poco después llamaba a su puerta.

—Lo siento, me alegro por ti, ¿puedo entrar?

—Ahora quiero estar solo.

—Vale, pero ¿me contarás todo mañana, por favor?

Él miró al techo, no podía enfadarse con ella.

—Sabes que sí.

—Por cierto, ¿cómo se llama la afortunada?

—Mati, de Matilde.

—Si la cita va bien, espero que me la presentes.

—Serás la primera.

Al día siguiente fue a trabajar como cada día. Andrea se levantaba más tarde que él y no la veía por la mañana. Mientras iba al trabajo pensaba en lo que le había dicho Andrea. A veces era

algo directa y solía meterse demasiado en su vida. Luego se quejaba de que lo hiciera su padre, pues ella también lo hacía sin quererlo. Todos parecían creerse en el derecho de opinar sobre sus decisiones, de decirle lo que debía hacer y, como Andrea le dijo, ya tenía veintiséis años, hora de hacer lo que le diera la gana. Y sí, lo había pensado y quería quedar con esa chica, le pareció mona, un encanto y para saber si le gustaba realmente o no, debía quedar con ella, conocerla mejor. Andrea todavía no había superado los años de instituto, pero para él ya eran agua pasada. Seguía adelante y el siguiente paso era conocer a una buena chica con la que compartir su vida, con la que envejecer a su lado, tener hijos en un futuro y formar una bonita familia, tal y como le prometió a su madre, lo que a ella le hubiese gustado. Y a la pregunta que seguro le haría Andrea si le explicase todo eso, la respuesta era sí, también era lo que él quería, deseaba tener una familia, tal vez no de inmediato, pero sí en un futuro no muy lejano y tal vez, esa chica que acababa de conocer, que le había dado tan buena impresión, fuera la mujer elegida, su media naranja. Algo le decía que podía ser, tenía una buena sensación, como si todo fuera a salir bien, como si estuviera eligiendo el camino correcto, la buena dirección.

Con optimismo, trabajó todo el día, incluso tuvo una charla con su padre sobre fútbol. Desde que su padre le sacó del equipo Felipe no había vuelto a jugar, tampoco le gustaba ver los partidos, pero aquel día se sentía feliz y no le importó hablar de fútbol con su padre.

El día pasó lento, estaba impaciente por conocer a Mati. Y antes de terminar su jornada, la vio entrar al taller. Llevaba un vestido ligero, con falda vaporosa por encima de las rodillas, color rosa pastel. El pelo recogido en una coleta alta y unos zapatos planos de color blanco. El mismo bolso pequeño del día anterior. Nada más entrar pudo oler su delicado perfume. Al verle le sonrió con timidez.

—He venido en taxi, ya sabes, mi choche está aquí.

Él asintió.

—Podría haberte ido a buscar yo. —dijo sintiéndose mal por ella, a él no le hubiera importado.

—No te preocupes, está bien, quería venir yo, al fin y al cabo, no nos conocemos.

—Puedes confiar en mí, nunca te haría daño.

La vio sonrojarse.

—La verdad es que pareces un buen chico, creo que este es el comienzo de una bonita amistad.

—Eso espero.

Al mirarla de nuevo, con ese vestido y ese perfume, se sintió sucio, esperaba haber podido cambiarse, ella estaba tan limpia y bonita, mientras él estaba lleno de grasa. Su padre ya se había marchado, daban partido de fútbol y no quería perdérselo, también quiso dejarle solo si ella llegaba antes. Pero ahora tenía que cerrar el taller y hacer esperar a Mati. Había traído ropa limpia para cambiarse, tendría que hacerlo en el cuarto de baño. Él se miró y luego la miró a ella.

—¿Te importa si me cambio? No quiero ir lleno de grasa...

—Oh, por supuesto, espero fuera, hace una tarde preciosa. No te preocupes.

Una vez medio aseado y vestido con ropa limpia, cerró el taller y se acercó a Mati.

—Siento haberte hecho esperar.

—No te preocupes.

—Bien, pues, listo, ya podemos irnos.

Ella sonrió.

—Estás muy guapo.

—Tú también, estás guapa, mucho...

Mati se rio bajando la mirada.

—Gracias.

Se sentaron en la terraza, uno frente al otro, en una mesa redonda, pequeña, casi podían tocarse. Pidieron unos refrescos y fue ella quien rompió el hielo.

—Bueno, cuéntame algo de ti, no te voy a preguntar lo típico de si estudias o trabajas, porque ya lo sé. Dime, ¿quién es Felipe?

Él la miró con la mente en blanco, no sabía qué decirle, se encogió de hombros. El camarero les trajo los refrescos. Felipe cogió su vaso y bebió un largo trago.

—Soy un chico normal, trabajo con mi padre, pero eso ya lo sabes, es el negocio familiar, desde la adolescencia estoy en el taller, aprendiendo el oficio, no es que no me guste, solo estoy allí porque tampoco sabía muy bien a qué dedicar mi vida, es un trabajo que ya me vino hecho, sin tener que preocuparme por buscar nada, ni pensar en qué quería ser. Tengo un buen suelo y el negocio será mío algún día, con eso me conformo. Vivo con mi prima...

—¿En serio? Entonces debéis llevaros muy bien.

Felipe asintió.

—Si quieres puedo presentártela un día, te caerá bien.

Ella sonrió.

—Si se parece a ti, seguro que sí. Y, no sé, de verdad, en todo este tiempo, ¿no te has arrepentido de trabajar con tu padre? ¿No has tenido un sueño, una meta?

No tuvo que pensarlo y negó con la cabeza.

—No es algo que me haya preocupado nunca, supongo que asumí que terminaría en el taller y nunca pensé en otra cosa. Ni siquiera fui a la universidad. ¿Y tú?

Mati se puso un mechón del flequillo que se había soltado detrás de la oreja.

—Mis padres se empeñaron en que estudiara, pero la verdad es que soy bastante torpe, así que, tras mucho esfuerzo, llegué a la universidad y estudié magisterio. Ahora enseño en primaria, me encantan los niños. Aunque no es un trabajo fijo, soy suplente, unas veces aquí, otras allí, unas semanas, unos meses, en fin, lo que sale. Si no hay nada doy clases particulares. Vivo con mis padres, todavía. Me gustaría independizarme, pero mi sueldo no me lo permite.

—¿Puedo preguntar qué edad tienes?

Ella sonrió asintiendo.

—Veinticuatro, ¿y tú?

—Veintiséis.

—Vaya, creo que hacemos una buena pareja, ¿no crees?

Por fin era sábado y él había pedido el día libre a su padre para poder estar más tiempo con Andrea. Tenía que hablar con ella y nunca tenían tiempo. Se levantó temprano, la costumbre de madrugar cada día. Andrea seguía en la cama, pero por un día podía levantarse antes, así que, impaciente, llamó a su puerta.

—¿Qué pasa? Espero que se esté cayendo la casa...

—Vamos a desayunar juntos, yo preparo el zumo y las tostadas, te espero en la mesa.

Fue a la cocina y no tardó en escuchar la puerta de Andrea. La vio salir despeinada, en bata y zapatillas, restregándose los ojos.

—Voy a lavarme un poco y vuelvo. —Le miró extrañada y entró en el cuarto de baño.

Cuando salió, estaba peinada y vestida, Felipe la esperaba en la mesa.

—Zumo recién exprimido. —le dijo con una sonrisa y es que no podía evitarlo, estaba feliz.

Andrea se sentó frente a él y cogió una tostada.

—Suéltalo, ¿qué pasa?

—Siento haberte despertado, ya sé que es sábado y te gusta quedarte en la cama, pero tenía que hablar contigo, has visto que no he ido a trabajar...

—¿Quieres coger aire? ¿Qué demonios te pasa? Vas acelerado.

Él se rio, asintiendo.

—Andrea, hacía tiempo que no me sentía tan feliz.

Ella dejó la tostada y le miró fijamente.

—Me alegro por ti, de verdad, ¿y qué ha pasado?

—Mati, la chica que conocí en el taller, es un encanto. Estuvimos hablando durante horas, me lo pasé tan bien, fue tan bonito pasear a su lado, charlar de mil cosas sin aburrirme en ningún momento, no sé, conectamos de tal manera... Deberías ver su sonrisa, es perfecta y me entiende muy bien, puedo hablar con ella de cualquier cosa, siempre parece interesada por lo que le cuento, se ríe con mis tonterías, me escucha, Andrea, es ella, lo sé, lo siento, es la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

Andrea le estuvo escuchando sin abrir la boca, mirándole con detenimiento, algo sería para su gusto, pero él no reparó en nada, estaba tan feliz que lo demás era secundario.

—¿Y ya la has besado? —le preguntó sin más, no dejaba de mirarle a los ojos.

Felipe se puso serio y cogió una tostada.

—No, no la he besado.

—¿Ni siquiera un beso de despedida?

—Acabo de conocerla. ¿A qué viene esa pregunta?

—Bueno, se te ve ilusionado, es verdad, pero me pregunto si eres feliz porque realmente te gusta o te sientes feliz por lo que ella representa en tu vida, el cambio que te ofrece, un cambio que llevas años buscando para hacer feliz a la memoria de tu madre y a tu padre.

Felipe dejó caer la tostada en el plato y la miró con frialdad.

—¿No puedes dejarlo y ser feliz conmigo? No te entiendo, Andrea. Te quiero mucho, pero a veces eres demasiado dura conmigo. ¿No puedes entender que esa chica me gusta? Los días de instituto pasaron, puede que me sintiera confuso un tiempo, pero ya está, era un crío, ahora sé lo que quiero y me gusta Mati, ¿de acuerdo? A ver si lo entiendes de una vez. Es por mí y por nadie más.

Se levantó y cogió las llaves. Andrea también se levantó.

—Espera, Felipe, no te vayas enfadado, lo siento, tienes razón y me alegro por ti. Solo quiero que seas feliz y, si me he equivocado, te pido perdón. Venga, dame un abrazo.

Felipe se detuvo frente a la puerta, suspiró y se volvió hacia ella. Tenía los brazos extendidos y una expresión de niña buena en la cara. Él negó con la cabeza, pensando en la paciencia que tenía con ella y en lo mucho que la quería. Fue hacia ella y la abrazó.

—¿Crees que querrá venir a conocerme?

Le preguntó separándose.

Él se encogió de hombros.

—No sé si será pronto, no es que seas mis padres, pero conocer a la familia, no sé, a veces se toma como algo serio, ¿no crees?

—Inténtalo, me encantaría conocer a la chica que hace tan feliz a mi primo.

—Qué pesada eres, ya veré, ahora me voy, he quedado con ella.

Andrea le miró sorprendida.

—¿Otra vez? ¿Y a estas horas? Pues sí vais en serio, sí.

Le guiñó un ojo y volvió a sentarse en la mesa.

—Nos vemos luego.

Felipe salió y cogió el coche para ir a buscar a Mati. Esta vez sí le dejó ir a buscarla a su casa. Vivía en una bonita urbanización, en una casa de dos plantas con jardín y piscina. No quería entrar, así que aparcó fuera y le envió un WhatsApp diciéndole que estaba fuera. Una mano con el pulgar hacia arriba le llegó al momento y poco después la vio salir de la casa. Esta vez vestía con pantalones cortos, tejanos, zapatillas deportivas y camiseta de manga corta, blanca, sin dibujos. Volvía a tener el pelo recogido en una coleta. Tenía una amplia sonrisa en la cara. Corrió hacia el coche y subió a su lado.

—Hola, has llegado puntual, me gusta.

Se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla. Él sonrió, se la veía tan feliz.

—¿Dónde quieres ir?

Le preguntó él.

—¿Qué tal a la playa? Podemos dar un paseo por la orilla mientras nos mojamos los pies.

—Me parece una gran idea.

Y, no se lo dijo, pero también le pareció una cita muy romántica. Aquello parecía ir bien, pese a lo que le dijera Andrea, él sabía que no se equivocaba con Mati. Hacían buena pareja, se llevaban bien, eran el uno para el otro.

El paseo por la playa no pudo ser mejor, Mati le cogió la mano para pasear juntos. Tenía una mano pequeña, suave y delicada. Luego pararon en un chiringuito a tomar algo. Hacía una mañana preciosa, parecía como si el tiempo se hubiera confabulado con ellos y mostrara su mejor aspecto, como un reflejo de cómo se sentían.

—Por cierto, a mi prima le gustaría conocerte, es algo pesada, así que me encantaría que dijeras que sí, aunque entendería que dijeras que no.

Mati sonrió.

—Me encantaría conocerla, ¿está ahora en casa?

Él miró el reloj, eran casi las doce.

—Supongo que sí, puedo llamarla, pero ¿estás segura? Aquí se está muy bien.

—Podemos pedir comida y comer juntos en tu piso, me gustaría conocer el lugar donde vives, conocer a tu prima, venga, estará bien.

Él se encogió de hombros, si es lo que quería. Llamó a Andrea y le explicó el plan.

—Eso es estupendo, sí claro, además, yo también quiero presentarte a alguien, está ahora conmigo, así que será ideal quedar todos juntos.

Felipe colgó y miró a Mati algo descolocado.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella.

—No sé, quería darle una sorpresa y ha sido ella quien me la ha dado a mí, dice que está con alguien y que quiere presentármelo también. Así que no comeremos solos, ¿qué te parece? —dijo sin saber muy bien cómo tomárselo, Andrea siempre se lo contaba todo y ahora, de pronto, quería presentarle a alguien que estaba con ella en ese mismo momento y eso quería decir que llevaban un tiempo saliendo. Y no le había dicho nada. Se sentía un poco defraudado.

—Pues vamos, parece que tienes ganas de conocer al invitado sorpresa.

Durante el trayecto a casa estuvo, sin pretenderlo, bastante callado y ausente. Le inquietaba conocer al amigo de Andrea, amigo o algo más. Si quería presentárselo, debía ir en serio.

—¿Estás bien? Creo que no me estás escuchando.

Él la miró un segundo, arrepentido.

—Vaya, Mati, lo siento, es que es la primera vez que mi prima se interesa por alguien tanto como para presentármelo. Solo quiero que ese tío la haga feliz.

—Bueno, ¿ella tiene tu edad?

—Sí.

—Entonces ya sabe lo que hace, sé feliz por ella y ya está. Verás cómo todo está bien.

Él le cogió la mano un momento y la apretó con cariño. Le encantaba que estuviera a su lado.

—Gracias, Mati, es una suerte haberte conocido, ¿lo sabes?

Le sonrió un momento para volver su atención a la carretera. Aparcó el coche y le abrió la puerta a Mati, ella se lo agradeció cogiéndole de nuevo la mano y caminando a su lado, pegándose a su cuerpo. Parecía extremadamente cariñosa. Felipe se detuvo un momento en la portería para mirarla.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella colocándose el cabello tras la oreja.

—Verás, no sé cómo decirte esto. Yo..., en fin, hace mucho que no salgo con nadie y..., bueno, estoy algo perdido y no sé si lo estoy haciendo bien. Me gustaría besarte, pero...

Mati no le dejó terminar, se inclinó hacia él sin pensarlo y le besó sin más. Fue un beso rápido, que le descolocó. Ella se separó de él sonriendo nerviosa.

—Lo siento, ¿demasiado descarada? Es que yo también tenía ganas de besarte. —De nuevo una risa nerviosa.

—Vaya, tranquila, ha estado bien.

—Podemos repetirlo cuando quieras, yo estaré encantada.

Un vecino salió de la portería y Felipe aguantó la puerta para dejar entrar a Mati primero.

—Lo hablamos luego. —le dijo Felipe.

Ella se rio.

—O podemos besarnos directamente, no hace falta hablar nada más.

Él la miró divertido, iba directa al grano. Mati volvió a cogerle de la mano y subieron las escaleras, vivía en un primero sin ascensor. Sacó las llaves, pero se arrepintió, no quería sorprender a su prima, así que prefirió llamar antes. Unos pasos tras la puerta y Andrea abrió. Al verlos sonrió abiertamente.

—Por fin, hola, me alegra que ya estéis aquí, pasad. ¿Tú eres Mati?

La vio asentir y ambas se abrazaron.

—Es un placer conocerte, soy Andrea, supongo que ya lo sabes.

—Sí, Felipe me ha hablado mucho de ti.

Andrea se retiró de la puerta para dejarles entrar. Al mirar a Felipe le sonrió guiñándole un ojo. Pasaron al comedor y allí vieron, sentado en el sofá, a un hombre moreno, bien afeitado, con el cabello corto, algunas tímidas canas asomando en las sienes. Se levantó nada más verlos, era alto, delgado, tenía una mirada tranquila de ojos oscuros. Estiró la mano hacia Felipe para saludarle, debía saber que era a él a quien tenía que caer bien para dar su consentimiento y poder salir con Andrea, aunque, conociendo a Andrea, ella no necesitaba el consentimiento de nadie

para hacer lo que le diera la gana. Felipe se le acercó y le estrechó la mano.

—Hola, tú debes ser Felipe, Andrea me ha hablado de ti, su primo favorito.

—Sí —Sonrió Felipe mirando a Andrea— y el único que tiene, siento decir que de ti no ha hablado, es la primera noticia que tengo de tu existencia.

Le vio mirar a Andrea algo incómodo y ella salió en su defensa.

—Bueno, eso es porque no sabía si era algo serio o no, hasta ahora. —dijo mostrando una amplia sonrisa y un anillo de compromiso en su mano.

Felipe se quedó sin habla. Mati gritó levemente de alegría.

—Vaya, felicidades. —dijo acercándose a Andrea para ver mejor el anillo—. Es muy bonito.

—¿A que sí? No tenía ni idea que me lo iba a pedir.

—¿Y tú qué has dicho? —dijo Felipe más serio de lo que pretendía.

—Pues que sí, ¿cómo iba a negarme? —Y miró a su compañero con cara de plena felicidad—. Por cierto, que tonta, con tantas noticias se me olvidó presentaros, chicos, este es Martín, mi prometido. Martín, este, bueno, ya le has conocido, es Felipe y esta chica tan guapa es su, ¿novia? Mati.

Mati sonrió, asintiendo.

—Suenan bien eso de, novia. —Y miró feliz a Felipe, que seguía sin sonreír.

Felipe observaba a Martín.

—¿Cuántos años tienes, Martín?

No se anduvo con rodeos. Se veía a leguas que era mayor que Andrea.

—Felipe, por favor... —dijo Andrea molesta.

—No te preocupes, Andrea, es normal y no me importa, tengo cuarenta y dos años. Espero que no sea un problema, Andrea es una mujer adulta, puede decidir con quién estar.

Felipe miró a Andrea.

—¿Podemos hablar?

Mati los miraba incómoda.

—Si quieres hablar conmigo, no te escondas, Felipe, yo no tengo nada de lo que avergonzarme, sí, Martín es mayor que yo, y además le conocí en el trabajo, es mi jefe. No me importa lo que me vayas a decir, ni quiero escuchar las típicas tonterías de la diferencia de edad, nos queremos y eso es suficiente. Así que puedes ahorrarte el discurso, si tienes que decirme algo más que no se refiera a la edad de mi prometido, soy toda oídos.

Él asintió, ella tenía razón, daba igual lo que le fuera a decir, no le haría caso. Estaba decidida y seguiría adelante, con la aprobación de los demás o no. Era cabezota como ella sola y decidida, solía tirarse a la piscina sin mirar. Siempre había sido valiente, o puede que algo irresponsable. Felipe volvió a mirar a Martín.

—Espero que no estés casado.

—¡Felipe! —dijo Andrea enfadada— ¿A qué viene esa pregunta?

—Andrea, un hombre con su edad, ¿estás segura que está soltero?

—Pues claro que estoy segura, no soy una niña, ni una inocentona que pueden engañarla de cualquier manera, ¿sabes? Llevamos meses saliendo como amigos, hablando, confiando el uno en el otro. Lo sé todo de él, ¿crees que habría aceptado su propuesta de matrimonio si tuviera dudas? Esto es por lo de esta mañana, ¿verdad? Sigues enfadado.

—Mira, ¿por qué no nos relajamos? Quizás deberías haberle hablado de mí, Andrea, sois uña y carne, siempre me lo has dicho, será mejor que me vaya y lo habléis.

—No —dijo Felipe— no, por favor, lo siento, siento el interrogatorio, pero solo quiero lo mejor para ella y, bueno, solo me ha chocado tu edad, es todo, pero no tienes que irte.

—Lo entiendo, no te preocupes, pero quiero que sepas que adoro a Andrea y que no hay nadie más.

Felipe asintió y sonrió levemente.

—Me alegra oírlo.

—¿Y si pedimos unas pizzas y comemos? Así nos vamos conociendo todos. —dijo Mati intentando relajar el ambiente.

—Es buena idea —dijo Felipe. Se acercó a Martín y le volvió a estrechar la mano—. Enhorabuena, espero que la hagas muy feliz.

—Por descontado, puedes estar tranquilo.

Luego se acercó a Andrea y le cogió la mano para ver el anillo.

—Felicidades. —La abrazó, aunque ella estuvo algo reticente.

—Gracias. —dijo algo fría.

—Lo siento. —le dijo él en voz baja—. ¿Pido unas pizzas y enterramos el hacha de guerra?

Ella asintió.

—Soy feliz con él, Felipe.

—Y yo soy feliz con Mati, así que, supongo que nos toca disfrutar del momento, ¿no crees?

—Es muy mona, tenías razón, parece un encanto.

—Lo es. ¿Y él? —dijo mirando furtivamente a Matías, que en ese momento charlaba un poco apartado con Mati para dejarles a ellos un momento de intimidad.

—Es un buen hombre, ya le irás conociendo y os llevaréis bien.

—Pero..., ¿no había nadie de tu edad?

Andrea alzó los ojos al cielo.

—De verdad, Felipe, pareces mi padre. Los chicos de mi edad son unos inmaduros, no los soporto. Matías me hace sentir mujer, y guapa y simpática, no sé, saca lo mejor de mí. Me siento muy bien a su lado, es como, estar en casa. Cuando estoy con él me siento segura, siento que he llegado al hogar, no sé si me explico.

—Eso es lo mismo que siento yo con Mati.

Ella sonrió.

—Entonces, estás enamorado.

Y le abrazó, esta vez sin reticencias.

—Tenías razón, es un encanto.

Le decía Andrea mientras lavaban los platos de la comida. Ambos estaban en la cocina, mientras sus respectivas parejas charlaban en el comedor.

—Andrea, siento mi comportamiento, no ha estado bien. —le dijo él avergonzado.

—No te preocupes, ya está olvidado.

—Solo quiero que seas feliz y si ese hombre lo consigue, bienvenido sea a la familia. Supongo que me ha chocado verle, no esperaba su edad, deberías haberme preparado antes.

Ella sonrió.

—Puede que tengas razón, siento no haberte dicho nada, pero no eres el único al que su edad, en un principio, le pareció un problema. Sé lo que le gusta hablar a la gente, sé que es mi jefe, en fin, le di muchas vueltas, quería estar completamente segura, quería conocerle bien antes de decirte nada.

—Pues parece que la cosa ha ido más que bien, ¿para cuándo la boda?

Ella se rio y le salpicó con los dedos mojados en la cara. Él giró la cara, cerrando los ojos.

—Acaba de regalarme el anillo, no tenemos fecha. ¿Y tú qué? ¿Cómo vas con ella?

—Más que bien, es muy cariñosa y, para tu información, ya nos hemos besado.

Andrea lo miró arqueando las cejas y sonriendo con picardía.

—Vaya, ¿y qué tal?

—Bien.

—¿Solo bien? ¿Ha habido mariposas en el estómago?

—No seas cursi, eso solo es para chicas, a los hombres no nos pasa eso.

—¿Solo cosa de chicas? Si estás enamorado, esas mariposas están ahí, seas chica o chico. Has debido sentir algo cuando la besaste, ¿no?

—Sí, supongo, ha estado bien, ha sido corto, no sé, no preguntes tanto.

El móvil sonó, era un teléfono desconocido. Felipe miró a Andrea encogiéndose de hombros y descolgó.

—¿Sí?

Su rostro se puso serio y algo blanco, Andrea cerró el grifo y le miró. Él asentía.

—Voy para allá.

—¿Qué pasa? —preguntó Andrea.

—Era del hospital, mi padre ha sufrido un infarto, está en urgencias.

—Voy contigo.

Aquel día su padre murió. Andrea asistió con sus padres y con Martín al entierro, igual que Mati, que no quiso dejarle solo en un momento así. No es que la relación con su padre hubiera sido de las mejores, tuvieron muchas diferencias, fue un hombre tosco, seco, autoritario, aun así, sintió más de lo esperado su pérdida. Ahora era huérfano y solo tenía a Andrea.

Fue una semana triste, intentando habituarse al cambio. Ahora el taller era suyo y necesitaría a alguien que le ayudara.

—Un amigo de mi hermano busca trabajo, puedo pedirle que venga y le haces una entrevista. —le dijo Mati una tarde en la que charlaban sentados en un banco frente al mar.

Felipe la miró extrañado.

—No sabía que tenías un hermano, nunca le has mencionado.

Ella se encogió de hombros.

—Siempre está de viaje, casi no le veo y cuando le veo es un pesado, pero ahora que nuestra

relación va pasito a pasito, creo que debería presentarte a mi familia, ¿te atreves?

Él le cogió la mano.

—Me encantaría.

Mati se acercó a él y le besó con ternura en los labios. Le acarició la mejilla.

—El dolor pasará y yo estaré siempre contigo.

Él la miró con ternura.

—Te quiero, Mati.

Ella sonrió y le abrazó con fuerza.

—Me encanta que lo digas. Mis padres te van a adorar, lo hablaré con ellos para ver si puedes venir este domingo, ¿te parece?

—Claro.

—Pues hecho.

Y así fue como, al siguiente domingo por la mañana, Felipe estaba hecho un manojo de nervios intentando escoger algo que ponerse. Andrea estaba a su lado, sonriendo divertida al verle tan confundido.

—No es una cena de gala, Felipe, cualquier cosa estará bien. —le decía Andrea mientras mordisqueaba una magdalena sentada en el borde de la cama de su primo. Seguía en pijama y sin peinar. Felipe la había levantado para que lo ayudara a elegir ropa.

—Tú no has visto su casa, Andrea, tienen dinero, no puedo ir con ropa vieja o con zapatillas de deporte. Además, quiero dar una primera buena impresión, son mis suegros y necesito gustarles, quiero pasar el resto de mi vida con su hija. —Sacó del armario un pantalón azul marino—. ¿Qué tal este?

Andrea asintió levantando el dedo pulgar.

—Sí, con esa camisa blanca, quedará genial, pruébatelo.

Él asintió y comenzó a vestirse.

—¿Crees que una corbata será excesiva? —preguntó mientras se ponía la camisa.

—Desde luego, tampoco te pases, tampoco es una entrevista de trabajo, sé tú mismo y les encantarás.

Felipe se acercó y la besó en la mejilla.

—Eres la mejor. —le dijo volviendo al espejo.

—Lo sé. —dijo ella con seguridad.

Felipe se giró y se puso frente a ella.

—¿Qué tal? —preguntó con dudas.

—Estás arrebatador, Mati se volverá a enamorar de ti.

Él se rio mientras asentía y se miraba en el espejo. Sí, estaba bien, elegante, pero sin pasarse.

—¿Y mi pelo? —preguntó él nervioso.

—Está bien, Felipe, lo tienes tan corto que no hay que hacer nada. Estás genial, ponte algo de colonia y listo.

Él asintió y se detuvo frente al mueble donde guardaba la ropa interior. Abrió el primer cajón y sacó una cajita. Miró a Andrea y fue a sentarse junto a ella. Le enseñó la cajita y la abrió. Dentro había un anillo de plata con un bonito cristal en el centro que brillaba como un diamante.

—Vaya Felipe, es precioso —Andrea cogió el anillo para mirarlo más de cerca, luego miró a su primo—, pero sabes que ya estoy prometida. —Y se rio.

Él alzó los ojos al cielo y la ignoró.

—¿Crees que le gustará? Quiero dárselo hoy después de la comida, ya llevamos un mes saliendo.

Andrea puso de nuevo el anillo en su sitio.

—Puede que la asustes, ¿no crees que es demasiado pronto?

Felipe cerró la caja y se encogió de hombros.

—Estoy tan seguro que no quiero esperar. —Miró a su prima—. Sé que lo que siento por ella no cambiará nunca y quiero que lo sepa. Es un anillo, no una boda.

—Viendo cómo es, tan alegre e infantil, le encantará.

—¿Crees que es infantil?

—Un poco, no sé, como te diría, es un poco cursi, tal vez es lo que tiene criarse en una casa llena de lujos y mimos, no sé, no me hagas caso. —Se levantó y miró su reloj de pulsera—. Yo también voy a vestirme, he quedado y no quiero que me vea con estas pintas.

—Vale, yo como algo y me voy, si no nos vemos ya te contaré a la noche cómo ha ido.

Andrea se acercó a él y le abrazó.

—Todo irá bien.

Felipe asintió y Andrea salió de su cuarto. Se guardó el anillo en el bolsillo y se puso colonia. Últimos retoques, comerse una tostada fría de forma rápida con un poco de zumo de naranja y listo. Cogió las llaves y se fue a casa de Mati.

—Así que tú eres Felipe, el chico que ha enamorado a mi pequeña Mati, vamos, pasa, estás en tu casa.

Abrió la puerta una mujer esbelta, alta, delgada, de cabello corto teñido de rubio, ojos marrones, bien maquillada y vestida de forma elegante. Llevaba zapatos de tacón y olía a flores.

Al entrar le dio dos besos sin tocar las mejillas.

—Es un placer conocerte, Mati está como loca contigo. Y ahora veo por qué, eres un chico muy apuesto. —Le tocó el brazo—. Y fuerte. ¿Haces deporte?

—Antes jugaba al fútbol.

La mujer asintió.

—Aquí todos hacemos deporte, yoga, tenis, running, bicicleta, nos gusta mantenernos activos. Por cierto, soy Sindi, en realidad me llamo Sandra, pero odio ese nombre y todos me llaman Sindi.

Él asintió sin saber qué decir, la vio sonreír.

—Tranquilo, no nos comemos a nadie. ¿Qué tal si entramos y te presento al resto de la familia? Siento decir que mi hijo no ha llegado todavía, él siempre va por libre, no sé si le conocerás hoy.

Entraron a un gran salón decorado de forma lujosa y recargada, con alfombras y cortinas pesadas, muebles grandes y un sofá en u que era más grande que todo su comedor. El color predominante era el blanco. Allí estaban Mati y un hombre de mediana edad que debía ser su padre. Era también alto, delgado, atlético, supuso que era por lo que le comentó Sindi, les gustaba el deporte. Tenía la cabeza rapada, se veía que estaba calvo por la zona central y, como muchos hombres, prefería afeitarse la cabeza entera a enseñar una calva. Estaba bronceado y vestía con pantalón caqui y camisa blanca. Felipe se relajó al saber que había elegido bien la ropa. Mati sonrió al verle y se lanzó a sus brazos.

—Hola. —Le dio un beso recatado en la mejilla.

El hombre se acercó y Sindi les presentó.

—Toni, este es Felipe, el novio de nuestra hija. Felipe, este es mi marido, Toni.

Se estrecharon la mano.

—Un chico fuerte. —dijo al soltarse la mano—. ¿Quieres tomar algo?

—Un refresco.

—¿Un refresco? ¿No quieres un vino, un wiski?

—No, no bebo.

—Eso está bien —dijo Sindi—, los amigos de mi marido se pasan el día bebiendo y luego apestan a alcohol, no lo soporto. Vamos al salón, la cocinera ha preparado un aperitivo para abrir boca.

Mati le cogió la mano y se apegó a él, mirándole sonriente.

—Estás muy guapo. —le dijo.

Él le sonrió, ella también lo estaba, en su estilo, vestido ligero, esta vez de color azul celeste, zapatos planos de color blando y el pelo suelto, que le caía ondulado por los hombros.

—Estás muy bonita. —le dijo.

La velada pasó tranquila, más bien aburrida. Los padres de Mati eran bastante serios y formales. Le dieron el pésame por la pérdida de su padre, hablaron del trabajo, le preguntaron en

qué trabajaba.

—¿Y ahora eres el dueño del taller? —le preguntó Toni.

Aquella noticia pareció gustarle, Felipe supuso que no quería junto a su hija alguien que no pudiera darle la vida que llevaba ahora, o que, al menos, se le acercara.

Toni era director en la empresa que él mismo había fundado hacía veinte años. Sindi era dueña de un salón de belleza, pero casi nunca iba por allí, prefería ir de compras o salir a tomar algo con las amigas. Eran una familia bastante estirada, agradable, educada, pero muy seria, recta. Felipe se sintió bastante incómodo. De todos modos, les siguió la corriente siendo amable, sonriendo y comiendo la porquería de canapés que había preparado la cocinera. Solo le gustó el de salmón. Había algunos con caviar que le provocaron arcadas que, obviamente, disimuló bebiendo un buen trago de refresco.

En medio del encuentro, se subió al sofá un pequeño perro blanco, con el pelo largo y abundante, bien peinado y limpio, llevaba un lacito rosa en lo alto de la cabeza. Se puso al lado de Felipe para saludarle.

—Oh, aquí esta, este es nuestro perro de raza, es un Pomerania con pedigrí, ha ganado varios premios. ¿Te gustan los perros? —le preguntó Sindi.

—Sí, me encantan los animales —dijo Felipe acariciando al perro, su pelo era muy suave, se veía que lo cuidaban y mimaban en exceso.

—Parece que le gustas, suele ladrar a todos los extraños. —continuó Sindi— Linda, ven aquí, no molestes. —Le llamó su dueña y el perro corrió hacia ella para ponerse en su regazo.

—Ya pueden pasar al comedor. —anunció una de las criadas.

—Estupendo, vamos a comer. —Sindi miró el reloj—. No creo que venga. —dijo mirando a su marido.

—Siempre hace lo mismo, no puedes contar con él para nada. —dijo de mal humor él.

—Bueno, no te enfades, ya sabes cómo es. —dijo ella intentando relajar el ambiente.

—Por una vez podría ser de otra manera, tenemos un invitado importante, no todos los días su hermana nos presenta a su novio.

Sindi miró a Felipe sonriendo incómoda.

—Lo siento, contábamos con la presencia de mi hijo mayor, debo disculparme en su nombre.

—No se preocupe, habrá más ocasiones. —Y miró con cariño a Mati, ella le sonrió apegándose más a su brazo.

—Gracias. Mati, querida, creo que has elegido bien, es un chico encantador. Y ahora, vamos a comer.

En ese momento llamaron al timbre de la puerta. Sindi sonrió aliviada.

—Parece que ya ha llegado. —dijo caminado hacia la puerta. Poco después reaparecía con un joven de la edad de Felipe, de estatura media, bien parecido, de pelo castaño y ojos de igual color, facciones finas, nariz aguileña, pelo muy corto. No se parecía en nada a Mati, él no tenía ese aire refinado, esa belleza delicada de su hermana. Al presentarlos, Felipe supo por qué no se parecía a Mati, simplemente porque ese chico no era su hermano.

—Felipe, este es el amigo de mi hijo, Pedro.

—Oh, sí, se me olvidó decírtelo. —Le explicó Mati mientras ambos chicos se estrechaban la mano—. ¿Recuerdas que te dije que el amigo de mi hermano buscaba trabajo? Pues se me ocurrió invitarle para que le conocieras, ¿he hecho bien? —preguntó preocupada.

—Sí, claro, aunque hoy no quería hablar de trabajo. —dijo Felipe encogiéndose de hombros.

—Siempre hay que hablar de trabajo si es necesario. —saltó Toni—. Si necesitas a alguien que te ayude en el taller, cualquier momento es bueno, no puedes dejar tu negocio de lado, es tu

futuro y, puede, que el de mi hija.

Sindi salió en defensa de su marido.

—Bueno, ya conocerás a mi marido, le encanta el trabajo. Podéis hablar mientras comemos y luego tú y Mati podéis ir a pasear por el jardín, así estáis un rato a solas.

—Me parece bien. —le contestó Felipe.

Y así fue. Mientras comían Mati estuvo hablando con su madre sobre ropa y zapatos, así que, en cierto modo, fue una suerte que Pedro estuviera a su lado en la mesa para poder hablar de cosas menos aburridas.

—¿Sabes algo de coches? —le preguntó Felipe.

—Sí, mi padre es un fanático, siempre arregla su coche y el de los vecinos y yo le he ayudado, me ha enseñado todo lo que sabe, no es que sea mecánico, pero puedo defenderme y si me enseñas, aprendo rápido.

—Vale, pues, ¿qué tal si te pasas el lunes a primera hora y te hago una prueba? Si va bien puedo contratarte por unos seis meses, el sueldo sería, de momento, el que estipula la ley, más adelante podemos hablarlo y cambiar el contrato a indefinido. Primero tengo que ver cómo va el negocio, ahora que me he quedado solo, bueno, ya sabes.

—Sí, Mati me dijo algo, siento lo de tu padre, tío. Y me parece bien, llevo meses buscando curro, tu oferta es más que buena ahora mismo. Soy currante, ya lo verás, no te vas a arrepentir.

—Seguro que no.

—¿Quieres dar un paseo? Ahora mi padre se pondrá a fumar y a tomar una copa, será muy aburrido. —le dijo Mati rescatándole de una velada larga y tediosa.

Se levantaron y Mati le cogió de la mano para llevarle tras la casa, a los jardines. Era el paseo y la oportunidad perfectas para darle el regalo.

El jardín estaba muy bien cuidado y no le extrañaba, toda la casa rebosaba orden. Había varios tipos de flores con diferentes colores. Se olía en el ambiente. Los árboles daban sombra y con el aire sus hojas producían un sonido relajante. Había un camino de tierra, que habían limpiado no hacía mucho. Algún que otro banco y un pequeño estanque con cascada. Era un lugar encantador, tranquilo, el mejor sitio de la casa, sin duda.

—Es precioso. —le dijo Felipe mirando aquí y allá.

—A mi abuela le encantaban las plantas, las flores. Al morir, mi madre quiso recordarla construyendo este jardín. Es una pena que no se le ocurriera cuando estaba viva, a ella le hubiera encantado este lugar.

Felipe asintió.

—Sí, a veces, cuando tenemos a alguien cerca, no nos damos cuenta de lo importante que es para nosotros hasta que nos deja.

Mati le miró entristecida.

—Siento haberte puesto triste, no quería hacerte recordar a tu padre.

Él negó con la cabeza y se sentó en uno de los bancos.

—No, tranquila, la verdad es que pensaba en mi madre, fue duro perderla.

Mati se sentó a su lado y le abrazó.

—Pero ahora me tienes a mí y nunca te voy a dejar. —le besó en los labios, él se retiró sonriéndole.

Mati se separó un poco y le miró seria.

—Felipe, me gustaría llevar nuestra relación un paso más allá. Eres un encanto, eres guapo, eres muy bueno conmigo, pero ¿no crees que deberías dejarte llevar un poco? Casi no nos besamos, siempre soy yo la que te busca y, no sé, ya llevamos un tiempo saliendo, me gustaría que fueras más lanzado. Yo no te diré que no, estoy preparada y me encantaría dar un paso más contigo.

Él la miró un poco incómodo, sabía a qué se refería. Para él todavía era pronto, no se atrevía a dar el paso, al fin y al cabo, con veintiséis años, todavía era virgen y le daba vergüenza decírselo, tampoco se atrevía a preguntarle a ella. Tal vez Mati sí hubiera hecho el amor con otro chico, pero no veía bien preguntárselo, era algo personal y no llevaban tanto tiempo. Tragó saliva sin saber cómo afrontar el tema.

—Es que..., verás, mi madre era muy católica y yo..., quería ser fiel a su memoria y esperar a estar casados.

Al ver la reacción de Mati supo que no le había gustado nada lo que le había dicho. Abrió mucho los ojos y la boca, sorprendida.

—Cariño, sé que querías mucho a tu madre y que te dolió su pérdida, pero ya no está y somos adultos, ya nadie espera a estar casados. Cielo, he tenido pareja antes e hicimos el amor la misma semana que nos conocimos. Somos jóvenes, ¿por qué esperar? Yo te quiero, es más, te deseo, con todo mi ser y quiero hacer el amor contigo. —Se acercó y volvió a besarle con más intensidad, él volvió a separarla. Mati le miró extrañada—. ¿Qué pasa? ¿Es que no sientes lo mismo?

Él miró el suelo, notó cómo sus mejillas se ponían rojas.

—Soy virgen. —dijo a media voz con ronquera. Carraspeó.

—¿Qué has dicho?

Odiaba tener que repetirlo. No se atrevió a mirarla, pero intentó decirlo un poco más alto.

—Que soy virgen.

—No lo dices en serio.

—Tuve una pareja hace años, pero no salió bien. Luego me centré en el trabajo y no he tenido novia hasta que te he conocido a ti.

Hubo un silencio, él la miró sin levantar la cabeza. Mati la miraba confundida, luego le acarició el pelo y sonrió.

—Entonces, ¿soy la primera? Vaya, cielo, no me importa, de verdad, podemos ir despacio, probar y si no te sientes cómodo paramos, tenemos muchos días para intentarlo. —Le abrazó—. No te preocupes, yo siempre te voy a querer, mi amor.

Él le devolvió el abrazo y luego la separó. Su corazón empezó a calmarse, le sonrió y metió la mano en el bolsillo.

—Te he comprado una cosa por nuestro primer mes juntos.

Ella se quedó parada.

—¿En serio? —al ver la cajita se llevó las manos a la boca.

Felipe puso una rodilla en el suelo, poniéndose frente a ella y abrió la caja mostrándole el anillo, vio cómo los ojos de Mati se llenaban de lágrimas.

—No me lo puedo creer, Felipe, es precioso. —dijo alargando la mano para que pudiera ponérselo.

Felipe sacó el anillo de su caja y lo deslizó en el delicado dedo de Mati, le cogió la mano con cariño.

—Sé que es pronto, pero también sé que estoy seguro de lo que siento, tanto que me atrevo a pedirte, no hace falta que sea ahora mismo, como tú dices, tenemos tiempo, un año, dos, tú decides cuándo formalizar nuestra relación, pero hoy quería preguntártelo. Mati, ¿quieres casarte conmigo?

Ella se puso a llorar y a reír a la vez, le abrazó y asintió con la cabeza incapaz de decir nada. Una vez calmada, no dejaba de mirar el anillo.

—No sé si decírselo a mis padres todavía, van a decir que estamos locos.

—¿Decirles qué a nuestros padres?

Una voz de hombre les interrumpió. Mati se alegró al ver a ese chico que estaba a su lado, cerca del banco y que no habían oído llegar. Era muy parecido a Mati, con lo que Felipe supo que era su hermano. Algo más alto que Felipe, moreno, de ojos oscuros, piel bronceada, fuerte, mirada traviesa. Era un joven apuesto, se le veía menos refinado que el resto de la familia, aun así, vestía con elegancia, con unos pantalones tejanos de color gris y una camisa a cuadros negros y blancos. Felipe se puso en pie junto a Mati.

—Siento llegar tarde, hermanita. El vuelo se retrasó, esta vez no ha sido culpa mía.

—No te preocupes, me alegra que hayas venido. Ven, que te presento. Este es mi prometido, Felipe.

Su hermano miró a Mati con curiosidad.

—¿Prometido? ¿Qué me he perdido?

Mati le enseñó el anillo y él sonrió para mirar después a Felipe.

—Así que tú eres el que le ha robado el corazón a mi hermanita. —Le estrechó la mano, un apretón fuerte, decidido—. Trátala bien o te las verás conmigo.

—Yo..., sí, claro.

Mati se rio y le dio un manotazo en el hombro a su hermano.

—No le asustes, no seas malo. Mamá se pondrá muy contenta de verte. Por cierto, que tonta soy, Felipe, este es mi hermano Javier.

—Un placer, —dijo Felipe cohibido.

—Parece bastante tímido, bueno, os dejo, voy a saludar dentro, luego nos vemos.

—Sí, ahora vamos. —dijo Mati. Luego miró a Felipe sonriendo—. Qué bien que haya llegado, ya estamos todos, es el mejor día de mi vida, ¿te parece si entramos para estar con él? Casi siempre está fuera y le veo poco.

—Sí, claro.

Cuando llegaban escucharon voces en el interior, no estaban gritando, pero se notaba tensión.

—Lárgate.

—Tu hermana me invitó y si hubiera sabido que vendrías me hubiera quedado en mi casa.

—Bien, pues ya he llegado, ahora no quiero verte.

—Por favor, Javier, no levantes la voz. —Se oía la voz de Sindi.

—No estoy gritando. —dijo Javier.

Mati entró primero, un poco avergonzada. Al verlos entrar todos se callaron.

—Mati, gracias por invitarme, Felipe, un placer conocerte, yo me voy ya.

Mati asintió y Pedro caminó hacia la salida. Sindi miró a su hijo.

—¿Se puede saber qué ha pasado?

—Nada, ya no estamos juntos y no quiero verle. Vamos a dejarlo, tenemos un invitado. Papá, ponme un wiski.

—Claro. —dijo su padre yendo al salón.

Sindi le miró avergonzada.

—Siento la escena, no solemos enfadarnos, pero siempre que viene mi hijo es un espectáculo, no sé cómo se lo monta.

—No se preocupe. —Miró a Mati—. Creo que debería irme y dejaros solos con tu hermano.

—¿Por qué? Ahora eres de la familia y me dijiste que te quedarías a cenar.

Se lo dijo poniendo pucheros y no pudo negarse.

—Mi hija puede ser muy convincente, pasa y juguemos al Monopoli, es una especie de tradición familiar, siempre que nos reunimos jugamos a lo mismo, espero que te guste.

Él asintió sintiéndose incómodo, hubiera preferido dar un paseo por la playa, aquella casa tan lujosa empezaba a agobiarle un poco. Vio cómo Sindi iba hacia el salón, Felipe cogió del brazo a Mati para hacer que caminara más despacio, se acercó a su oreja.

—¿Tu hermano es...? Bueno, ya sabes, ha dicho que ya no está con Pedro, ¿se refería a salir juntos? —No se atrevió a decir la palabra.

Mati se detuvo para mirarle.

—Sí, Pedro era su pareja, no sé qué habrá pasado. Y sí, mi hermano es gay, espero que no te moleste.

Él se apresuró a negar con la cabeza.

—No, me da igual, solo que...

—Ya, te ha extrañado, él nunca lo ha ocultado y, sí, mis amigas también se extrañan, dicen que es tan guapo que es una pena que sea gay.

Él forzó una sonrisa.

—¿No serás de esos que lo ven mal? Como tu madre era tan religiosa...—dijo esta vez preocupada.

Él la miró cogiéndole la mano.

—No, por favor, no estamos en la edad media, de verdad, tranquila, no me importa.

—Me alegro, porque quiero mucho a mi hermano.

—Es normal, vamos al salón.

Ella le dio un beso en la mejilla y caminaron hasta el salón. Al entrar, sorprendió a Javier mirándole. Felipe se ruborizó al instante, ¿por qué le miraba? ¿Le estaba juzgando, estudiando? No pudo evitar pensar que era gay, ¿y si se fijaba en él de otra forma? Descartó por completo esa posibilidad, él era el prometido de su hermana y, viendo cómo se querían, Javier no pensaría en él de ninguna manera más que en su futuro cuñado.

Se sentaron frente a una mesita central de cristal rodeada de sillones, donde la criada ya había colocado el juego de mesa. Javier se sentó a su lado izquierdo y Mati al derecho. Felipe tenía por delante una larga tarde.

Cuando llegó por fin a casa, Andrea no estaba, le había dejado una nota diciendo que se iba a cenar con Martín. Había sido un día largo así que se fue a la cama, ya hablaría con ella al día siguiente, después del trabajo.

Como siempre, se levantó antes que Andrea y fue al trabajo. El taller parecía más silencioso sin su padre y eso que no solían hablar. Pedro no tardó en llegar y Felipe agradeció tener distracción. Le explicó cómo era el trabajo, lo que tenía que hacer y pronto vio que no le mintió, era trabajador y aprendía rápido, así que no dudó en contratarle.

—En un par de días tendrás el contrato, como dijimos por seis meses, después veremos cómo va.

—Gracias tío, me haces un gran favor.

Al finalizar la jornada vio que un hombre esperaba fuera. Felipe le observó, pero éste no se acercó al taller. Pedro, al verle, sonrió y le saludó desde la entrada.

—Han venido a buscarme, nos vemos mañana.

Le dijo Pedro saliendo del taller. Le vio correr a los brazos del hombre que esperaba fuera. No dudaron en besarse, cogerse la mano y caminar hasta el coche, como una pareja más. Felipe los vio alejarse, algo descolocado. No solía ver a dos hombres besarse y menos con esa soltura, en ningún momento se avergonzaron, se comportaron de forma normal, y lo era, ¿no? Podía escuchar a su madre dentro de su cabeza, «Son unos degenerados, están enfermos, deberían ir a la iglesia, solo Dios puede curarles».

—Hola.

Se sobresaltó, tan sumido estaba en sus pensamientos que no la oyó llegar. Era Mati, pero no venía sola.

—¿Ese que se ha ido era Pedro? —preguntó Javier.

Felipe asintió, todavía un poco ausente. Se limpió las manos de grasa.

—¿Trabaja para ti? —siguió Javier.

—Javier, yo no sabía que habías roto con él y Pedro me dijo que necesitaba un trabajo y Felipe que necesitaba a alguien en el taller. Tendrá que ganarse la vida, digo yo. —dijo Mati esperando que su hermano no se enfadara.

Javier asintió y dejó de mirar la carretera.

—Sí, claro, solo que no quiero verlo más.

—Trabaja bien y necesito a alguien aquí. —dijo Felipe.

—Por supuesto, siempre ha sido un tío trabajador, no tendrás problemas con él. En fin, Mati quería que os acompañara a tomar algo, pero si te molesta...

—Felipe, por favor, hace tiempo que no veo a mi hermano, di que sí, además, podemos ir al pub y tal vez conozca a alguien. —Le guiñó un ojo a su hermano.

—Hermanita, te quiero mucho, pero eres una pesada, ahora mismo no quiero conocer a nadie. ¿De verdad no te importa que os acompañe?

—No, claro que no. Me cambio y nos vamos.

Javier asintió y mientras Felipe iba hacia el cuarto le escuchó decir a su hermana:

—No es muy hablador, ¿eh?

—Tiene que coger confianza, quiero que os llevéis bien.

Una vez cambiado cerró el taller y caminaron juntos hasta el pub.

—¿Te gusta el billar? —preguntó Javier.

—Sí, pero no se me da muy bien.

—A mi hermana y a mí sí, tenemos billar en casa, hemos jugado desde pequeños. —Miró a su hermana—. ¿Por qué no vamos a casa y jugamos unas partidas? Lo prefiero a meterme en un pub, ahora mismo no me apetece.

—¿Tú quieres? —le preguntó Mati.

—Sí, claro, lo prefiero a hacer el ridículo en el bar, de verdad que soy muy malo jugando. —Se rascó la cabeza, un poco avergonzado.

Javier se rio.

—Vale, entonces decidido, así te enseñamos. Además, estaremos solos, no tienes que aguantar a nuestros padres, son buena gente, pero algo pesados.

Una vez en su casa, bajaron al sótano donde tenían una sala de juegos con un billar, un pinball, una máquina de dardos y una mesa con tapete para jugar al póker. Felipe se quedó sorprendido.

—Vaya habitación.

—Para mí, la mejor, a parte de la piscina. —contestó Javier.

—Voy a por algo de beber. —dijo Mati dándole un beso en la mejilla a Felipe, él le sonrió y la vio salir.

Javier preparaba los palos de billar.

—Se la ve muy contenta. —le dijo a Felipe.

—Es un encanto.

—Así que vas en serio con ella, lo digo por el anillo que le regalaste.

Felipe asintió.

—Pero hace poco que os conocéis, ¿no? —siguió Javier.

—Ya, pero cuando uno está seguro, ¿para qué esperar?

—Está bien estar tan seguro de algo, yo también pensaba estar seguro con Pedro y mira, me la pegó con otro.

—Sí, bueno, a veces es difícil conocer a alguien. Y es raro, pareces un buen tío.

Javier sonrió.

—Gracias, Pedro se lo pierde.

Felipe asintió acercándose a la mesa de billar.

—Mati dice que te echa de menos, que siempre estás viajando, pero no me ha dicho por qué viajas tanto.

—Mi querida Mati, ya sabes lo cariñosa que es, se apega mucho a la gente, no sabe estar sola, pero tengo mi vida y me gusta viajar, además, por mi trabajo suele ser necesario, soy fotógrafo y estoy escribiendo un libro con mis fotografías más relevantes.

Felipe le miró con admiración.

—Vaya, debe ser gratificante tener un trabajo así, yo, bueno, el trabajo me vino de serie, era el negocio de mi padre, me enseñó el oficio desde bien pequeño y, en fin, ahora lo he heredado, mi vida parece estar escrita, no hay sorpresas.

—Ya, por cierto, siento lo de tu padre.

—Gracias, la verdad es que no nos llevábamos muy bien, pero al final, le echo de menos.

—Es normal, era tu padre. Eres un buen tipo, no me extraña que Mati se haya enamorado de ti.

Felipe se sonrojó y bajó la mirada para que él no pudiera verlo. Sintió algo extraño en el estómago, se sintió incómodo.

—¿No tendrás un hermano gay? —preguntó Javier sonriendo.

—No. —dijo sin mirarle, fingiendo interesarse por las bolas de billar—. Soy hijo único.

—Es broma, todavía estoy superando lo de Pedro, no me hagas ni caso.

Mati llegó con las bebidas.

—¿Qué tal mis dos hombres? ¿Todo bien?

—Tu novio es un tío genial, me alegro por ti, hermanita. Al menos uno de los dos que sea feliz y encuentre el amor verdadero.

Su hermana se rio y le abrazó.

—Tú también encontrarás a ese alguien especial, solo que todavía no ha llegado, dicen que lo que se hace esperar merece la pena. Vamos a jugar.

Repartieron los palos y comenzaron la partida. Javier se acercó a Felipe cuando vio que no cogía bien el palo y le cogió la mano para colocarla bien. El roce de su piel le erizó el vello. Tragó saliva e intentó concentrarse en la partida.

—De verdad que no sabes jugar. —dijo Javier.

—Ya aprenderá. —dijo Mati.

Felipe vio cómo Javier manejaba el palo, con qué soltura. Se movía bien y tenía unos brazos fuertes, un buen trasero. Se dio cuenta de lo que estaba pensando, le pasaba igual que cuando iba al instituto, cuando pensó que le gustaba Rubén. Se obligó a no mirar a Javier.

—Te toca, Felipe.

—¿Eh? Sí, bueno, creo que no doy ni una, ¿y si jugamos a los dardos?

Cogió su refresco y le dio un buen trago.

—Esto..., Mati te ha dicho que soy gay, ¿verdad? —soltó sin más Javier.

Mati lo miró extrañada.

—¿A qué viene esa pregunta? —le preguntó ella.

—Bueno, a veces me dejo llevar, no es por nada, siento si te hecho sentir incómodo, no a todos los tíos les gusta estar al lado de un gay, ya sabes, no te preocupes, no soy peligroso.

—Vamos, Javier, déjale en paz. —Mati se acercó a Felipe y le cogió la mano—. No le hagas ni caso, ¿prefieres que demos una vuelta? Los dos solos.

—Sí, iros ya, sois pareja, no tenéis que estar aguantando a un solterón como yo, venga, disfrutar de vuestro amor. Yo trabajaré un rato en mi libro.

—Vale, no vendré tarde. —Le dio un beso a su hermano y cogió del brazo a Felipe.

—Nos vemos. —le dijo Javier a Felipe, él asintió a modo de despedida.

Agradeció salir de allí, sentir el aire fresco en la cara y pasear a solas con Mati.

Por fin estaba en casa, cenando con Andrea, los dos solos, sin familias políticas, sin parejas, solo Andrea y él. Terminaban de poner la mesa y, una vez sentados, ella empezó a preguntarle por la cita familiar.

—Vale, estás muy callado y no aguanto más, ¿qué tal ha ido? —le preguntó impaciente.

Felipe la miró, suspirando.

—Adoro a Mati, pero estaba deseando volver a casa.

Andrea le miró sorprendida.

—¿Y eso? ¿Qué pasa, son unos psicópatas, como esas familias de las películas que vemos los fines de semana? —preguntó divertida. Se metió un trozo de lechuga en la boca.

—No, son buena gente, todos, aunque, no sé, Andrea, me sentía fuera de lugar. Esa casa está llena de lujos, y si vieras el jardín, pedazo de jardín, bueno, allí todo es grande, es bonito, en exceso, ¿sabes que comen caviar y ostras? —Sacó la lengua fingiendo una arcada—. Qué asco, nunca había probado el caviar y ya te digo que es la primera y última vez que como esa porquería. ¿Cómo pueden comerse eso? Las ostras ni me atreví, las vi tan..., vivas... —De nuevo cara de asco.

Andrea se rio.

—Plebeyo, eso te pasa por juntarte con la realeza, son los inconvenientes de conocer a una princesa y querer vivir en palacio.

—Muy graciosa, espero no tener que ir muchas veces a su casa.

Comió un poco de puré antes de continuar.

—Y Mati tiene un hermano, no tenía ni idea, por lo visto casi nunca para por casa, y no me extraña. Ella parece quererle mucho.

—Vaya, así que tienes suegros snobs, un cuñado despendolado y una pequeña barbie de novia.

Felipe la señaló con el tenedor y la miró con seriedad.

—No te pases, tú sales con un viejo.

Andrea lo miró boquiabierta.

—¿Un viejo? Ahí te has pasado, es un hombre maduro y me trata bien, nos queremos mucho, además, no tiene una familia rica.

Felipe se encogió de hombros, asintiendo.

—Ya, eso es una ventaja, ¿y ya has conocido a su familia?

—Sus padres murieron hace unos años, no tiene hermanos y desde que sus padres murieron no tiene relación con sus primos o tíos, así que está solo, no tengo a nadie a quien conocer. He conocido a sus amigos, todos unos estirados, los típicos empollones listillos que lo saben todo, son aburridos hasta la saciedad.

—Pues vaya par.

Ambos se rieron. Después de cenar vieron una película y se fueron a sus cuartos para empezar un nuevo día.

Cuando llegó al trabajo, Pedro ya estaba allí. Le gustó que fuera puntual, si todo iba bien le daría una copia de las llaves para que no tuviera que esperar fuera. El día transcurrió como de costumbre, hasta que tuvo una visita.

—Hola. —escuchó una voz familiar. Felipe cuadraba una factura, levantó la mirada y vio a Javier.

—Hola. —le dijo un tanto extrañado—. ¿Se te ha estropeado el coche? —preguntó mirando al exterior y a Pedro, que intentaba esconderse debajo de un coche.

—No, estaba fotografiando el barrio cuando me he dado cuenta que estaba cerca de tu taller, así que he venido a saludar. —Evitaba mirar a Pedro—. ¿Cómo le va? —preguntó inclinando la cabeza un poco en la dirección donde estaba Pedro.

—Bien, aprende rápido, es de bastante ayuda.

—Sí, es buen trabajador, en eso no tendrás problemas. Oye, me preguntaba si es tu hora del almuerzo, podríamos ir a desayunar y a charlar un rato, si tienes tiempo, así conozco un poco más a mi cuñado.

Pedro sacó un poco la cabeza de debajo del coche para esconderse de nuevo. Felipe asintió.

—Supongo que puedo dejarle solo un rato.

—Sí, puedes confiar en él, si es en algo de trabajo, si es tu pareja, puede apuñalarte de la forma más cruel.

Lo dijo en voz alta, para que pudiera oírle. Felipe asintió y cogió su móvil.

—Pedro, salgo un momento a desayunar, media hora o así, cualquier cosa me llamas. —le dijo al coche donde se escondía Pedro.

—Sin problema. —dijo él sin dejarse ver.

—Vamos. —dijo Felipe saliendo del taller.

Caminaron hasta el bar donde se sentaron en la terraza. Pidieron, Felipe un café, Javier una cerveza, ambos pidieron un bocadillo.

—¿Y cómo es trabajar de fotógrafo, viajar tanto, ver tantos lugares? —le preguntó Felipe para abrir conversación.

—Me encanta mi trabajo, la verdad, no sé si todos pueden decir lo mismo, pero yo adoro tener esa libertad, poder escapar, de alguna manera, de la rutina, de la familia, de los ex novios. —Sonrió con tristeza y bebió un trago de cerveza.

—Sí, debe estar bien dejar atrás todos los problemas por un rato.

—¿Tú has viajado mucho?

—¿Yo? ¿Ir del trabajo a casa cuenta? —Se rio y vio que Javier también lo hacía.

—Es todo un viaje, pero creo que no cuenta, ¿me estás diciendo que no has viajado nunca? No sé, al pueblo de tus abuelos o algo.

Felipe negó con la cabeza.

—Nunca he salido de Barcelona, bueno, de adolescente fui a Tarragona con Andrea, fuimos al parque de atracciones. Cogí el tren para ir.

—Vaya aventura, ¿no? —Se rio—. Eso no puede ser, mi cuñado no puede comprometerse sin haber visto algo de mundo, si haber vivido alguna pequeña aventura. A ver, dime, si pudieras irte ahora mismo, ¿dónde te gustaría ir?

Felipe lo pensó unos segundos.

—Me gustaría ver tantos sitios que no sé, tal vez, para no ir muy lejos, ¿Italia? Por la tele parece muy bonita.

Javier sonrió mientras asentía.

—Buena elección, sí, tiene lugares preciosos, he hecho muchas fotografías allí, la Toscana, Venecia, Roma...

—Suena bien.

—Vale, no se hable más, te invito este fin de semana a ir a Roma.

Felipe se rio mientras negaba.

—Qué va, no puedo dejar el taller e irme sin más.

Javier se inclinó hacia delante y le puso una mano sobre la de él.

—Felipe, vive un poco, ¿quieres?

Felipe sintió la calidez de su mano, sintió escalofríos y retiró la mano al momento. Javier se dio cuenta y volvió a echarse atrás en el asiento.

—Lo siento, no me doy cuenta, estoy acostumbrado a tocar a los hombres, para mí no es incómodo.

—Tranquilo, no pasa nada. —Bebió un poco de café, ahora hubiera preferido haber pedido también una cerveza.

—Bueno, lo que te decía, cierras el taller el viernes al mediodía, cogemos el vuelo de la tarde, por la noche estamos en Roma, el sábado vemos Roma, a la tarde noche vamos a la Toscana y la vemos el domingo y ese mismo día por la tarde cogemos un vuelo de vuelta a España. El lunes estás trabajando como siempre, pero teniendo algo nuevo que contar, ¿qué me dices? Venga, di que sí, te sentará bien.

Felipe sonrió, la verdad es que la idea le parecía genial, viajar, escapar de todo un par de días..., pero estaba Mati.

—Tal vez Mati quiera venir también.

Javier bebió un trago de su cerveza y negó con rotundidad.

—Ni hablar, quiero mucho a mi hermana, pero sé que es bastante pegajosa, demasiado cariñosa, será un fin de semana solo de hombres, nada de mujeres, nada de distracciones, solo desconectar. Déjame a mi hermana a mí, lo pasaremos bien, vamos, no te hagas de rogar.

—Sí, Mati es muy cariñosa, pero a mí me gusta que sea así.

Hubo un silencio, Felipe levantó la mirada y vio que Javier le miraba de una manera que le puso nervioso. Tenía unos ojos penetrantes, una mirada inquietante que le hacía sentir una corriente por la espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz ronca.

—Nada, pensaba que mi hermana tiene suerte de haberte conocido, eres un buen tío.

Felipe bajó la mirada, un poco avergonzado.

—Bueno, qué, ¿nos vamos a Italia? —preguntó de nuevo Javier.

Felipe sonrió sin levantar la cabeza.

—Eres muy insistente. —le miró sonriendo.

—¿Eso es un sí?

—Qué demonios, sí.

Javier sonrió dándole un pequeño manotazo en el brazo.

—Ese es mi cuñado, con decisión.

—Hola.

Los dos alzaron la mirada hacia la voz femenina, Felipe la reconoció al instante.

—Andrea, ¿no tienes que trabajar hoy?

Se levantó para abrazarla y darle dos besos.

—Tenía una revisión en el médico, nada importante, rutina de chicas, en fin, Martín me ha dado el día libre. ¿Puedo sentarme?, todavía no he almorzado.

—Sí, claro, te presento, este es Javier, el hermano de Mati. Javier, esta es mi prima Andrea.

Se dieron dos besos.

—Un placer, tu hermana es un cielo. —dijo Andrea sentándose.

—Gracias, lo sé. —Se rio guiñándole un ojo a Felipe.

—¿Y dónde está Martín? —preguntó Felipe.

—Trabajando, Martín es mi jefe —le explicó a Javier— y mi prometido.

Javier casi se atraganta y la miró divertido.

—¿En serio?

—Sí, y según mi querido primo, es un viejo. —le miró con sorna.

—Según tú es un hombre maduro dieciséis años mayor que tú. —dijo Felipe en su defensa.

—Y yo soy un hombre gay a quien su pareja le ha dejado por otro más joven, brindemos por nuestras vidas perfectas. —Levantó su vaso y bebió un largo trago.

Andrea miró a Javier y le puso una mano en el brazo.

—Lo siento, el mundo está lleno de capullos, él se lo pierde.

—Gracias, eres la primera mujer que no me pregunta, ah, ¿pero eres gay? Te lo has tomado bien.

Ella se encogió de hombros.

—Cada cual es como es.

El camarero apuntó el pedido de Andrea.

—Mi vida es perfecta. —dijo Felipe retomando la conversación.

Javier y Andrea se rieron, pero ella quien le contestó.

—Y la mía también, Martín me quiere y yo a él, el amor está en todas partes y hay que ir a por él, no dejar que se escape, no siempre se tiene la oportunidad de amar a alguien y que ese alguien te ame a ti, qué más da si es mayor que tú, el amor no tiene edad.

—Brindo por eso. —dijo Javier.

—Si no dejas de brindar por todo vas a emborracharte de buena mañana. —le recriminó Andrea con una sonrisa.

—Brindo por eso también. —Y volvió a beber.

Felipe se rio y tomó el resto de su café.

—Yo debería volver al trabajo. —dijo poniéndose de pie.

—Vale, nos vemos en casa, hoy preparo yo la comida y vendrá el viejo, que lo sepas. —le dijo Andrea sacándole la lengua.

—Te llamaré para decirte la hora del vuelo. —Le dijo Javier.

—¿Qué vuelo? —preguntó Andrea.

Felipe se detuvo un momento.

—Voy a ir a Italia con Javier, te cuento en casa.

—Vaya, como cambian las cosas de un día para otro. —dijo Andrea—. Sí, luego hablamos.

—Si no te importa, yo me quedo haciéndote compañía. —le dijo Javier.

—Para nada, por favor, no quiero comer sola.

—Pasadlo bien, luego puedes acompañarla a casa, Javier. —dijo Felipe.

—No soy una niña, Felipe.

—Tranquila, no me importa, no tengo nada que hacer.

—Entonces quédate a comer, así conoces a mi viejo.

Felipe alzó los ojos al cielo.

—Para qué habré dicho nada, me voy a trabajar.

—Hasta luego.

Javier le miró mientras se marchaba, viendo cómo caminaba con las manos en los bolsillos, pensaba en lo bien que le sentaba el mono de trabajo.

—Miras mucho a mi primo. —dijo Andrea dándole un bocado a su bocadillo.

Javier se giró hacia ella con cara culpable, le habían pillado.

—Ya, no me he dado cuenta, es que tu primo es un chico guapo, mi hermana tiene buen gusto.

Ella asintió.

—Sí, tu hermana sale con mi primo, sí.

—¿Qué insinúas? Puede que me parezca guapo, y lo es, pero no haría daño a mi hermana. Además, tu primo no es gay, no tengo nada que hacer.

Andrea miró su bocadillo, pensativa.

—No, nada que hacer.

Y sonrió algo forzada.

Cuando llegó la hora de la comida, Felipe fue a casa, como cada día. Normalmente comía solo y después echaba una cabezadita en el sofá antes de volver a abrir el taller, pero aquel día tenían visita. Allí estaban Martin, Andrea y, Javier.

—Ya estás aquí, estupendo, he preparado unos aperitivos. —dijo Andrea, se le acercó y le dijo—. No hay caviar, no te preocupes. —Y le guiñó un ojo.

Felipe saludó a los invitados, estrechó la mano de Martin y luego la de Javier, al hacerlo sintió un escalofrío. Puede que se lo pareciera, pero Javier alargó un poco más de la cuenta el apretón de manos y le miró fijamente a los ojos, esos ojos que le hacían estremecerse.

—Siento que Mati no haya podido venir, tenía trabajo, la he llamado. —le explicó Andrea desde la cocina.

—Ya la veré esta tarde.

—Por cierto, le he explicado lo de nuestro fin de semana. —dijo Javier poniéndose a su lado, Felipe notó que olía muy bien—. No le importa, de hecho, me ha dado las gracias, dice que te irá bien desconectar del trabajo.

Felipe sonrió.

—Tú hermana es un encanto, imposible no adorarla.

—Tienes razón, bueno, ya he comprado los billetes, salimos el viernes a las seis y no te preocupes, yo me encargo de todo.

—Pero tendré que pagarte mi billete.

Javier negó quitándole importancia.

—Considéralo un regalo por el compromiso con mi hermana.

—Está bien, pero la próxima vez cada uno se paga su vuelo.

Javier lo miró divertido.

—¿Así que habrá una próxima vez? Me alegra oírlo.

—Vamos a la mesa, chicos. —Andrea miró el comedor—. Mucho hombre para tan poca mujer, ¿no?

Los tres sonrieron, pero fue Martín quien habló.

—Tú no eres poca mujer, cielo.

—Gracias mi vida. —le dio un beso cariñoso.

—Creo que estamos de aguanta velas. —le dijo Javier a Felipe.

La comida transcurrió tranquila, entre bromas y risas. Javier se sentó al lado de Felipe, sus rodillas se tocaron bajo la mesa sin que ninguno de los dos las retirara para evitarlo. De vez en cuando Javier le rozaba accidentalmente la mano a Felipe y, entre despiste y despiste, varias miradas furtivas que no escaparon de la atención de Andrea.

Al terminar, Martin tuvo que marcharse para volver al bar y Javier, después de ayudar a Andrea con los platos, también se marchó para trabajar en su libro.

—Me lo he pasado muy bien, sois una familia encantadora. Tenemos que repetirlo. —le decía a Andrea.

—Por supuesto. —Se abrazaron como si se conocieran de toda la vida.

—Felipe, nos vemos, tu prima es única.

—Lo sé.

Andrea cerró la puerta y miró a Felipe cruzándose de brazos. Felipe la miró también sin

entender a qué venía esa actitud.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Qué pasa? —dijo ella—. Eso quiero saber yo, ¿qué andas tramando con Javier?

Él seguía mirándola sin entender nada.

—Planeamos un viaje a Italia, ya lo sabes.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ¿qué ha pasado en la comida?, ¿qué han sido esas miraditas, esos roces de manos?, ¿te crees que no me he dado cuenta? Es el hermano de tu prometida, ¿lo sabes?

Ahora fue Felipe quien la miró molesto.

—Ya empiezas con lo mismo, es mi cuñado y lo sé, y lo que te hayas imaginado ver en la comida es tu problema, no ha pasado nada, hemos comido entre amigos y ya está.

—Mira Felipe, puedes engañar a todo el mundo, puedes engañarte a ti mismo si quieres, pero no me tomes por tonta, te conozco muy bien, sé casi lo que piensas en cada momento y a mí no puedes engañarme. A Javier le gustas, eso salta a la legua, pero a ti también y si es así, estupendo, adelante, pero tendrás que hablar con Mati, ella no se merece que la engañes de esta manera. Es una buena niña...

—¡Para! —le gritó Felipe, Andrea lo miró asustada, nunca antes le había gritado, pero a él no le importó, estaba hablando más de la cuenta y no quería seguir escuchándola—. Deja de meterte en mi vida, deja de fingir que me conoces bien, yo sé lo que quiero, sé cómo quiero que sea mi vida, ¿vale? A ver si te metes en la cabeza de una vez que a mí quien me gusta es Mati, me gustan las mujeres y punto, olvida ya lo que pasó en el instituto, me he prometido a Mati y es con ella con quien quiero estar.

—Ah, ¿sí? Estupendo, pero esto no tiene nada que ver con el instituto, Felipe, aquello sé que ya pasó, pero también sé que tú eres de una manera y eso no va a cambiar, por mucho que te empeñes. ¿Por qué no aceptas que eres...?

—¡Ni se te ocurra decir esa palabra! ¡Cállate de una vez!

—Felipe...

—¡No! No quiero seguir hablando contigo, me voy al trabajo y luego me iré con Mati, volveré tarde.

Cogió las llaves y salió dando un portazo.

Durante la semana estuvo evitando a Andrea y cuando llegó el viernes le envió un WhatsApp diciéndole que se iba a Italia. Ella no le respondió, el mensaje apareció como leído, pero no se molestó en contestarle. Esperaba que Andrea recapacitara, siempre le había gustado meterse en su vida, opinar de lo que hacía bien o no, pero había llegado a un límite en que se entrometía demasiado. Ella pensaba que siempre tenía razón, que le conocía muy bien y eso le daba derecho a decirle las cosas abiertamente, le dolieran o no. Debería aprender a callarse, a guardarse su opinión de vez en cuando. Él no necesitaba que le cuidaran, no necesitaba que fuera una especie de conciencia. Quería que le dejara en paz, él sabía lo que hacía, lo que quería y cómo quería vivir su propia vida. Cuando volviera de Italia, tal vez más calmado, hablaría con ella, no le gustaba que estuvieran enfadados, pero a veces Andrea necesitaba un toque de atención.

Había quedado con Javier en el aeropuerto. El taxi le dejó en la entrada y Felipe salió con su poco equipaje, solo una mochila con un par de mudas, un jersey, un pantalón y el cepillo de dientes. Iban a ser dos días y en el hotel habría de todo. Vio a Javier esperando en una de las entradas, también con poco equipaje. Alzó la mano para saludarle y Javier hizo lo propio, sonriendo. Se acercaron a la vez y Javier le dio un golpe amistoso en el brazo.

—Bien, ya estás aquí, ¿entramos?

Felipe asintió. Nunca había estado en un aeropuerto, así que siguió a Javier que tenía más experiencia. Se sentaron a esperar su vuelo. Felipe movía la pierna, nervioso y miraba a todo el mundo.

—No te preocupes, son menos de dos horas de vuelo, el tiempo pasará rápido y es el medio más seguro de viajar, supongo que ya lo sabes.

—Sí, pero es la primera vez que cojo un avión y he visto muchas películas.

Javier se rio.

—Ni caso, no pasará nada, cojo vuelos todo el tiempo y nunca ha pasado nada. relájate y disfruta.

Por los altavoces anunciaron su vuelo y ambos se levantaron. Dieron sus billetes y caminaron hacia el avión. Una azafata sonriente les indicó dónde estaban sus asientos, Felipe se pidió ventanilla, aunque tenía miedo, no quería perderse nada. Pusieron las mochilas en la parte de arriba de sus asientos y se abrocharon los cinturones. Felipe miraba la pista. Poco después el avión se ponía en marcha y, sin darse cuenta, apretó con fuerza el reposabrazos. Sintió la mano de Javier sobre la suya para que estuviera tranquilo. Felipe no la retiró, le gustaba el contacto y lo necesitaba. El avión alzó el vuelo. Ya estaban en marcha, rumbo a Roma. Una vez dijeron que podían quitarse los cinturones, sus manos se separaron. Ninguno de los dos dijo nada durante un rato. La azafata les preguntó si querían algo.

—Agua. —Pidió Felipe.

—Que sean dos. —dijo Javier.

La azafata les entregó dos botellas pequeñas de agua. Felipe se bebió media de un trago.

—¿Mejor? —le preguntó Javier.

Felipe asintió cerrando su botella.

—La verdad es que no es para tanto.

—Esa es la actitud, disfruta de la experiencia. He traído mi cámara para hacer todas las fotos que quieras, luego te las pasaré para que puedas tenerlas de recuerdo.

—Gracias, me encantará poder enseñárselas a Andrea.

—El próximo viaje podríamos ir todos.

Felipe le miró.

—Eso estaría bien.

—¿Y dónde querrías ir?

Felipe se echó hacia atrás en el asiento, mirando el techo del avión, pensativo.

—¿Escocia? —preguntó indeciso, quería ver tantos sitios que no sabía cuál ver primero.

—Sí, buen destino, hay unos paisajes espectaculares.

Javier tenía razón, las dos horas pasaron rápido y antes de que se diera cuenta el avión ya había aterrizado. No podía creerlo, de verdad estaba en Roma, había salido de España, había cogido un avión e iba a pasar un fin de semana increíble. Ni siquiera lo había pensado, no se dio cuenta hasta ese momento de lo mucho que necesitaba unas buenas vacaciones.

—Vamos, es por aquí. —le dijo Javier.

Felipe le siguió. Cogieron un taxi que los llevó al hotel. Javier cogió la llave.

—Espero que no te importe, pedí una sola habitación con dos camas separadas. La habitación es grande, pero si quieres pido otra, supongo que habrá alguna disponible.

Felipe lo pensó unos segundos, camas separadas, era el hermano de su prometida. Se encogió de hombros.

—Tranquilo, está bien.

Subieron a la habitación y dejaron el equipaje sobre sus respectivas camas.

—Vale, dejemos esto aquí y aprovechemos la tarde. Son las ocho, así que podemos dar una vuelta y buscar algún sitio para cenar, ¿te parece bien?

—Tú eres el guía, te sigo.

Javier sonrió y le abrió la puerta. Ambos salieron del hotel. Mientras paseaban, a Felipe se le pasó por la cabeza la tonta idea de lo bonito que sería pasear cogidos de la mano. Era una sensación extraña, familiar, como de sentirse en casa. Pasear junto a Javier le pareció una actividad placentera, cercana.

—Mira, aquí hay un restaurante donde hacen una pasta de chuparse los dedos, ¿entramos?

—Claro.

El restaurante estaba lleno, pero pudieron encontrar mesa. Una mesa redonda pequeña, bajo la luz tenue de una lámpara. Mantel blanco, jarrón central con flores. Era el lugar ideal para cenar con Mati, ahora se arrepentía de haber ido solo, aunque, nunca antes había hecho nada parecido, se merecía escapar, desconectar. Les sirvieron vino tinto. Javier brindó por una bonita experiencia. Les trajeron la cena y, de nuevo, Javier estaba en lo cierto, los platos, deliciosos, el vino, exquisito, el lugar, de ensueño. Fue una noche mágica, diferente, en otro país, otro lugar. Felipe no solía beber y pronto estuvo algo achispado por el vino. Se rio de tonterías, bromeó de casi todo y disfrutó como nunca. La compañía no podía ser mejor. Le encantaba hablar con Javier, era fácil hacerlo, él escuchaba, le daba conversación, le hacía reír. Eran como dos piezas de puzle que encajaban a la perfección.

—Vamos al hotel, empezas a estar demasiado contento. —le dijo Javier.

Felipe asintió terminándose el vino. Nunca antes había probado un vino tan bueno.

Salieron del restaurante y Felipe tuvo la sensación de que el mundo se movía, todo estaba en movimiento. Notó cómo Javier le cogía de la cintura para que no cayera. ¿Tanto había bebido?

—Y eso que solo has bebido tres copas de vino, si no eres bebedor, ¿cómo se te ocurre? Venga, que te llevo al hotel.

—Es que no eran tres copas normales, eran tres copazos llenos hasta el borde. —Se rio—. El

vino estaba muy bueno y la cena también. Y tú también. —Se rio de nuevo sin saber por qué. Todo parecía divertido.

—Sí, bien, gracias, pero mejor lo hablamos mañana cuanto estés sobrio, si recuerdas algo de esto.

—Tampoco estoy tan borracho. —Se detuvo para mirar a Javier—. Tienes los mismos ojos que tu hermana, pero los tuyos miran más profundo, me dan escalofríos, tío. Tienes unos ojos preciosos.

Javier negó con la cabeza y le obligó a seguir caminando.

—Estás borracho.

—Eso es verdad. Y la verdad es que hace una noche preciosa, me encanta estar aquí.

—Me alegro, de eso se trata.

—Gracias, Javier por sacarme de mi zona de confort, necesitaba esto y no sabía cuánto.

—Pues ya que lo sabes, no dejes de repetirlo.

Llegaron al hotel y Javier le ayudó a subir las escaleras. Luego lo dejó caer sobre la cama.

—Eres tan guapo. —dijo antes de quedarse dormido.

Se despertó sobre las nueve de la mañana con dolor de cabeza. ¿Por qué bebería tanto? Odiaba el alcohol. Pero había decidido pasarlo bien, probar cosas nuevas, aunque no pensaba repetir la borrachera, era una experiencia que no le gustaba. La cama de Javier estaba vacía, se escuchaba la ducha. Se levantó y fue a beber agua. En ese momento la puerta del cuarto de baño se abrió y vio salir a Javier, tapado solo con una toalla. Podía ver su pecho desnudo, casi sin vello, fuerte, firme y sus piernas atléticas. El pelo mojado. Tragó saliva. Podría estar mirándole todo el día.

—Ya puedes ducharte. ¿Qué tal la cabeza?

Preguntó yendo hacia su cama para coger ropa limpia. Javier se quitó la toalla, dejando su desnudez al descubierto. Sin pretenderlo, Felipe tuvo una erección descomunal. Se sintió avergonzado y, sin responder, entró en el cuarto de baño. ¿Cómo se quitaba la ropa delante suyo? Era un inconsciente. ¿No tenía vergüenza? Aunque eran dos tíos, él mismo se cambiaba en los vestuarios del colegio cuando jugaba al fútbol, no tenía importancia si no eras... si el chico que se desnudaba no fuera tan guapo, si no te gustara. Tonterías. Se miró en el espejo, él era un tío y Javier también, podían verse desnudos, no pasaba nada. Él estaba con Mati, la quería a ella, porque le gustaban las mujeres. Bajó la mirada a su entrepierna, todavía seguía dura. Volvió a mirarse al espejo, nunca se puso así con Mati, ni cuando la besaba, tampoco pensaba en ella desnuda y si lo hacía era como ver a Andrea, a una hermana, no le decía nada, no le pasaba nada por el cuerpo. Sin embargo, si pensaba en Javier... No, no podía pensar en él. Abrió el grifo de agua fría y se torturó duchándose con agua casi helada. Salió tiritando, pero su pene quedó tan pequeño que casi parecía no existir. Así mejor. Se vistió rápido. Estaba listo para hacer turismo.

Al salir del cuarto de baño Javier ya estaba vestido, tomando un zumo de naranja. Había una bandeja con el desayuno.

—He pedido que nos lo subieran a la habitación, luego te llevaré a ver los lugares más emblemáticos del lugar.

Felipe asintió. No tenía mucha hambre, sin saber por qué, solo pensaba en el cuerpo desnudo de Javier, en cómo sería tocarle, en cómo sería hacer el amor con él. ¿Hacer el amor con un tío? Se estaba volviendo loco. Empezaba a pensar que no había sido buena idea venir solo con Javier. Le ponía nervioso, le hacía pensar en cosas prohibidas. Él tenía que formar una familia, casarse con una chica que le quisiera, tener hijos.

—¿En qué piensas? Estás muy callado.

«A ti te lo voy a decir», pensó.

—Nada, ayer me lo pasé muy bien, pero no sé si dije alguna tontería.

—Oh, bueno, eso, dijiste que tenía unos ojos preciosos.

Felipe casi se atraganta y escupió su zumo. Se limpió enseguida con la servilleta y se disculpó.

—Te estás quedando conmigo, ¿por qué iba a decir algo así?

Javier se encogió de hombros.

—También me dijiste que estaba muy bueno, como el vino, a decir verdad.

Felipe se levantó negando con la cabeza.

—Supongo que sabrás que estaba borracho, nada de eso tiene sentido.

—Dicen que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad y, oye, entre nosotros, estoy bueno y, es verdad, tengo unos ojos preciosos.

Sonrió para quitarle hierro al asunto.

—Venga, para ya, no sabía lo que decía, me gusta Mati.

Javier se rio.

—Tranquilo, hombre, estabas borracho, no le des importancia. Bueno, qué, ¿nos vamos?

—Sí, necesito que me de el aire.

Javier se llevó su cámara y comenzó a fotografía todos los lugares donde se paraban. En todas las fotos salía Felipe. Le hacía sonreír o poner los brazos de alguna manera especial. Le explicaba algo de historia del lugar, como si fuera un guía turístico. A Felipe le asombraba todo lo que sabía, le gustaba oír su voz varonil, cómo se explicaba. A veces se sorprendía mirándole embobado. Javier le sonreía y seguía con sus explicaciones.

—Sabes, siempre he venido solo a Roma, eres el primer tío que viene conmigo a un lugar que, para mí, siempre me ha parecido especial, lleno de historia.

Le miró sonriente.

Felipe se sintió como una chica siendo adulada y también se sintió incómodo.

—Como diría cualquier mujer, eso se lo dirás a todos. —Intentó bromear y la broma surtió efecto, Javier se rio con ganas.

—Sí, tienes razón, supongo que ha sonado a algo así. Sigamos.

Pararon para comer. Felipe no recordaba habérselo pasado tan bien nunca. A la tarde, cogieron sus cosas y partieron hacia la Toscana. Parecía que sus retinas no daban abasto para ver tantos lugares, tantos paisajes nuevos, tantas personas, edificios, la cabeza le daba vueltas.

En el nuevo hotel Javier pidió dos habitaciones y Felipe lo agradeció, así no tendría que volver a verle desnudo. Aquella noche durmió como un bebé, aunque dudaba que los bebés soñaran con hombres desnudos en la cama. Se despertó feliz, deseando ver la ciudad.

Pasearon por las calles, hicieron más fotografías. Javier le dejó la cámara para que le sacara alguna foto.

Mientras hacía fotografías, se dio cuenta de lo mucho que le gustaba captar los momentos, los lugares a través de una cámara, también podía ser que la cámara de Javier no era la típica que puede tener un aficionado, o la del móvil. Aquella cámara era increíble. Javier pareció darse cuenta.

—¿Te gusta la cámara?

Felipe asintió.

—Nunca había tenido nada parecido y, hacer fotos con esta máquina, es diferente, una pasada. Fue a devolvérsela, pero él se negó.

—Puedes quedártela.

Felipe le miró sonriendo, incrédulo y volvió a ofrecérsela.

—Ni hablar, este bicho tiene pinta de ser muy caro.

Javier se rio.

—Tengo otro bicho de esos igual en casa y puedo comprarme otra, no te preocupes por eso. De verdad, quiero que te la quedes, un recuerdo de nuestro viaje, ahí tienes todas las fotos.

Felipe miró la pantalla digital, podía ver la última foto hecha, donde aparecía un Javier sonriente de ojos brillantes.

—Vaya, gracias, no sé, esto es demasiado.

Javier le puso una mano en el hombro.

—Solo acepta el regalo y disfrútalo.

—Tendrás que enseñarme a usarla.

—Eso está hecho, si te gusta la fotografía, puedo enseñarte encuadre, aprovechar la luz, me encantaría compartir mi afición contigo.

Felipe sonrió.

—Estaría bien.

Siguieron su paseo y decidieron parar a un transeúnte para que les hiciera alguna foto juntos, todavía no tenían ninguna. Javier le pasó el brazo por los hombros y él se dejó, incluso sonrió a la cámara. Javier lo hacía todo fácil, para él todo estaba bien, era normal, no había nada malo en tocarse, en mirarse, en pasarlo bien con otro hombre.

Pero la excursión llegaba a su fin. Felipe miraba el paisaje, con un sol radiante de mediodía. Javier estaba a su lado.

—Ha sido el mejor fin de semana de mi vida. —dijo Felipe a media voz.

Entonces Javier le cogió la mano para mirar juntos el paisaje que tenían enfrente.

—El mío también.

Ambos se miraron por unos segundos y, sin saber muy bien cómo ni por qué, Javier le cogió la cara con ambas manos, se acercó a él y le besó en los labios. Felipe se quedó un momento en tensión, pasada la primera impresión, notó la calidez de sus labios, su incipiente lengua rozándole, un fuego interior se encendió recorriéndole todo el cuerpo, levantó las manos para acariciarle la nuca, abrió la boca y le devolvió el beso con pasión. Javier se separó de él mirándole extrañado.

—¿Por qué me devuelves el beso? —le dijo algo enfadado.

Felipe le miró descolocado. ¿A qué venía esa pregunta?

—¿Por qué me besas? —le respondió él a su vez.

—Yo... —Parecía confundido—, quería asegurarme que no eras gay, que la química que creía estar viendo entre nosotros me la estaba inventando porque, Felipe, me gustas mucho, me cautivaste desde el día que te conocí en el jardín de casa. He estado viendo señales, creí que me estaba imaginando que yo también te gustaba. Estás con mi hermana, por el amor de Dios, quería demostrarme que me equivocaba, creí que, si te besaba, me apartarías, me llamarías degenerado y me darías un puñetazo. Entonces podría quitarte de mi cabeza, pero me has devuelto el beso, me has metido la lengua, joder. Y ha sido increíble... —dijo esto último bajando la voz y la mirada.

—No, Javier, yo... me he sentido confundido, ha sido un fin de semana estupendo, nunca había vivido una experiencia así, pero esto..., es un error, me gusta Mati...

Javier le detuvo.

—Y una mierda te gusta Mati, Felipe, eres tan gay como yo, no me jodas. —dijo enfadado.

—Ni hablar, me gustan las tías, ¿vale? Y ahora vamos al hotel, tenemos que coger un avión y olvidar esta última parte del viaje.

—Ah, ¿sí? ¿Y ya está? ¿Vas a poder olvidar este beso? ¿Y qué vas hacer cuando volvamos? ¿Estar con mi hermana, fingir que la quieres?...

—¡Quiero a tu hermana!

Javier se acercó a él y volvió a besarle. Felipe quiso resistirse, pero no pudo, le encantaban sus besos, la calidez de sus labios, el ardor de su aliento, el roce de su piel. Javier se separó y le miró a los ojos.

—No puedes decir que quieres a mi hermana y besarme como lo haces. —le dijo casi en un susurro. Su respiración era entrecortada, igual que la suya. Su corazón latía con fuerza.

Felipe se separó con brusquedad.

—Deja de hacer eso, ¿quieres? Me vuelvo a casa y no quiero hablar contigo nunca más.

—No, nada de eso, Felipe. No voy a dejar que hagas daño a mi hermana.

Felipe le miró con rudeza.

—No te metas en mi relación.

—O se lo dices tú o se lo digo yo.

—No tienes nada que decirle, quiero a Mati y me casaré con ella.

—¿Serás capaz de seguir con ella después de besarme a mí? Felipe, ¿por qué?

—Ya te lo he dicho, me gustan las mujeres, me gusta Mati y punto. Esto ha sido un error, ya lo decía mi madre, es una enfermedad y se puede curar. Y yo me curaré junto a Mati.

Vio cómo Javier le miraba sorprendido y triste.

—¿Eso hizo que creyeras tu madre? Felipe, no puedes pensar eso, no a estas alturas. Ser gay para ti, ¿es una enfermedad?

Felipe se sintió avergonzado.

—No, sí, no lo sé. Yo era un crío, mi madre murió, le prometí casarme con una mujer, tener hijos...

Javier la puso las manos sobre los hombros.

—Felipe, estoy seguro que tu madre lo único que quería era que fueras feliz. Y siendo gay también puedes casarte y tener una familia, se puede adoptar. Todos queremos a nuestros padres, pero no puedes seguir adelante con esa promesa, no cuando te hace daño, te hace infeliz y, lo peor de todo, harás daño a Mati, ¿no te das cuenta?

—Quiero volver a casa. —dijo destrozado.

Javier asintió y volvieron al hotel. El vuelo de vuelta transcurrió en silencio. Felipe no dejó de mirar por la ventanilla, el fin de semana mágico había terminado y había dejado un sabor amargo. Mucho que pensar, mucho que asimilar. ¿Estaba bien ser gay? ¿No había nada de malo en querer a otro hombre? Con Javier parecía sencillo.

En el aeropuerto, cada uno cogió un taxi diferente. Antes de subir al suyo, Javier le detuvo.

—No hablaré con Mati, me iré unos días fuera para que pienses y aclares las ideas, espero que hables con ella, no se merece que la engañes.

Felipe no le contestó, ni siquiera le miró. Subió al taxi y volvió a casa, sin ni siquiera despedirse.

Nada más llegar, dejó sus cosas en casa y fue directo a casa de Mati. Sabía que Javier no estaría allí y tampoco le apetecía ver a Andrea todavía. Llamó a Mati para decirle que iba a verla.

—¿Ya has vuelto?

—Sí, voy a verte, te he echado de menos. —le dijo.

—Y yo, tengo muchas ganas de verte y que me cuentes cómo ha ido.

Al llegar, Mati le recibió con un fuerte abrazo y un beso en los labios. Subieron a su cuarto para poder hablar. No había nadie en casa, estaban solos.

—¿Y cómo ha ido?

Felipe se acercó a ella y la besó. Ella se rio separándose de él.

—Qué pasa, has venido muy cariñoso.

—Ya te he dicho que te he echado de menos. —Y volvió a besarla. La empujó despacio hasta la cama y la tumbó encima con cuidado—. Quiero estar contigo, Mati.

Mati se reía, abrazándole.

—Y yo, vas a tener que viajar más a menudo. —dijo divertida besándole de nuevo.

Felipe cerró los ojos y a cada beso la imagen de Javier aparecía en su mente. Hizo el amor con Mati, pero en ningún momento pensó en ella, pensaba en Javier, en que era él quien estaba en la cama, besándole, acariciándole. El deseo incontrolado por Javier salió junto a Mati. Se había estado reprimiendo, deseando hacer eso mismo con Javier. Mati se parecía mucho a su hermano, aunque no era tan guapa, tan fogosa, tan increíble como él. Se separó de ella sintiéndose culpable. ¿Hubiera podido hacerlo sin haber conocido a Javier? Junto a ella no sentía ese fuego interno que le provocaba Javier. Besarla le dejaba frío, mientras que besar a Javier era como encender una llama. Tenía que pensar.

Mati se veía feliz.

—Ha sido, uf, salvaje. —Y se rio—. Menos mal que eras virgen, no quiero ni pensar en cómo será cuando tengas algo de experiencia. —Y se rio contenta.

Felipe la miró, no le gustaba que se riera tanto, era como una niña pequeña. Se levantó.

—Tengo que irme. —dijo sin más, vistiéndose.

—Si acabas de llegar. ¿Te has enfadado por lo que he dicho? Lo siento, ha sido una tontería.

—No, no es eso, pero tengo mucho que hacer, nos vemos mañana. —dijo dándole un beso fugaz en los labios y saliendo de allí a toda prisa. Supo que dejaba a Mati confundida, él también lo estaba.

Entró en casa y se sentó en el sofá. ¿Qué estaba haciendo? En ese momento escuchó la puerta abrirse. Felipe se levantó y vio que era Andrea, pero venía con Martín. Felipe se quedó parado en el pasillo, mirando a su prima, a ella no le hizo falta saber que algo no iba bien, así que se giró hacia Martín.

—Nos vemos mañana. —le dio un beso y le empujó con cariño hacia la puerta.

Martín asintió mirando a Felipe, no dijo nada y les dejó solos. Andrea cerró la puerta con cuidado y fue directo hacia su primo para abrazarle. Él le devolvió el abrazo y, sin querer, se puso a llorar. No recordaba haber llorado nunca, no siendo adulto. Ocultó su rostro en el hombro de Andrea y estuvo así un rato, sintiendo la mano de Andrea pasar por su espalda, con cariño. Cuando se calmó, Andrea le llevó hasta el sofá y se sentó a su lado, le cogió la mano mirándole a los ojos.

—¿Quieres contármelo? —le preguntó paciente.

—He hecho una tontería. —le dijo avergonzado.

—Todos cometemos errores, es parte de la vida. Cuéntame, seguro que no es tan malo.

—Ha sido un fin de semana increíble, me lo he pasado genial, pero...

—¿Pero?

—Todo ha terminado mal.

Felipe miró el suelo, cogiéndose las manos, nervioso, no sabía cómo continuar.

—¿Por qué?, ¿qué ha pasado? —le preguntó con cuidado Andrea.

Felipe cogió aire, pensando en qué decir.

—He hecho el amor con Mati. —Se decidió a decir.

Andrea le miró confundida.

—Bueno, la quieres, eso está bien, ¿por qué no te hace feliz?

Felipe la miró serio.

—Porque, mientras lo hacía con ella, pensaba en su hermano.

Andrea se quedó callada y él continuó.

—Algo pasó en Italia, Andrea, algo cambió. Pasar tiempo con Javier..., es un hombre..., es un hombre que me hace sentir pleno, con el que me siento yo mismo, sin tener que fingir. Él se toma la vida como viene, no se esconde y, todo parece fácil a su lado. Me besó y yo le devolví el beso.

Andrea seguía callada, mirándole.

—Andrea, siempre me dijeron que esto estaba mal, que querer a otro hombre era una enfermedad, mi madre, mi padre, todos querían que ocultara mis sentimientos, que pensara de otra forma, incluso en el instituto me llamaban maricón de forma despectiva. Ser gay siempre ha sido algo malo en mi vida, no puedo ignorar eso. Besar a Javier, sentir lo que siento por él, me parece lo más maravilloso que me ha pasado en la vida, pero no puedo evitar pensar que estoy haciendo algo malo, que eso no está bien, que lo correcto es seguir con Mati, ser un hombre normal y formar una familia. Estoy tan confundido y, Mati..., me he acostado con ella y no sé cómo arreglar todo esto, cómo olvidar a Javier...

Se tapó la cara con las manos, Andrea le pasó el brazo por los hombros.

—Felipe, siento que tus padres te hicieran tanto daño, sé que no fue su intención, pero a veces los padres actúan pensando que hacen lo mejor para sus hijos y, bueno, el instituto, ya sabes que los adolescentes pueden ser muy perversos, pero todo eso pertenece al pasado. Deberías pasar página y permitirte ser feliz, pensar solo en ti, en lo que tú realmente quieres. Javier es un chico excepcional y creo que hacéis una bonita pareja, no hay nada malo en amar, Felipe, nunca te juzgues ni te recrimines querer a alguien, querer estar con alguien. Lo que dices que sientes por Javier es algo verdadero, algo profundo y fuerte, no puedes ignorarlo, ni dejarlo pasar. No todo el mundo siente algo así y debes aferrarte a ello, seguir adelante y ser feliz.

Felipe la miró.

—¿Y Mati?

Andrea suspiró y se encogió de hombros.

—Será difícil, pero debes decírselo, no puedes seguir con ella, cuanto más tardes, más daño le harás.

—Pero he hecho el amor con ella...

—Bueno, lo hecho, hecho está, no puedes cambiarlo. Pero sí puedes detener esta locura, sé tú mismo, Felipe, olvida al resto del mundo, ¿qué quieres tú?

—Ser feliz, dejar de estar confundido.

—Entonces debes elegir a Javier.

La conversación con Andrea había sido toda una liberación para él. Había hablado abiertamente de lo que sentía, de lo que había hecho y sintió que dejaba escapar algo que le tenía aprisionado, que se quitaba un gran peso de encima que llevaba cargando desde su infancia. Adoraba a su prima, le agradecía que estuviese allí siempre, que se hubiera dado cuenta de lo mal que estaba, que no le hubiera gritado ni recriminado, que le perdonara sin tener que decir perdón. Estuvo ahí, escuchándole con paciencia, con cariño. Era una suerte tenerla a su lado.

Había ido a trabajar como cada día, pero le dijo a Pedro que cerraría al mediodía, tenía cosas que hacer. Y lo que tenía que hacer era hablar con Mati. Estaba decidido, le haría daño, pero no podía seguir adelante, no cuando estaba totalmente enamorado de Javier. Si seguía con ella, no solo sufriría Mati, él también y ninguno de los dos se merecía estar en una relación que les haría daño. Mati era un encanto y no se merecía estar con un tipo como él, mentiroso, cobarde...

—¡Tú!

Era la voz de Javier. Levantó la mirada y le vio entrar en el taller con pasos largos, decididos y con cara de cabreo. Se le acercó y le cogió de la pechera.

—Debería partirte la cara. —le espetó sin más.

—Eh, ¿qué pasa? Cálmate, tío. —Era Pedro, que se acercó para evitar una pelea.

Javier se giró hacia él mirándole con desprecio.

—Tú no te metas. —le dijo volviendo a mirar a Felipe—. Sal fuera.

Le soltó y caminó hacia la salida. Felipe miró a Pedro.

—Tranquilo, no pasa nada, sigue trabajando.

Siguió a Javier hasta la salida. Le vio pasear inquieto arriba y abajo, con los puños cerrados. Al verle fuera, se detuvo y le señaló.

—¿Cómo has podido? Eres un cerdo.

Felipe le miró extrañado.

—¿Qué pasa? —le preguntó esperando que se explicara.

—Volví anoche a casa de mis padres y, ¿sabes qué? Mi hermana estaba loca de felicidad, me abrazó y me dijo al oído que habíais hecho el amor, ¿te lo puedes creer? Pues sí, mi hermana me lo cuenta todo. ¿Cómo has podido? Te dije que hablaras con ella.

—Sí, lo sé, estaba confundido, ¿vale? Pensé que si me acostaba con ella todo se aclararía, sabría que me gustan las mujeres, sé que estuvo mal, me di cuenta cuando no hacía más que pensar en ti.

Javier le miró apretando los labios. Se acercó a él y le habló muy cerca, en voz baja.

—¿Hiciste el amor con mi hermana mientras pensabas en mí? Eres un degenerado.

Le empujó.

—Ah, ¿sí? —dijo Felipe enfadándose él también, se encaró a Felipe—. Yo no soy el único que ha hecho las cosas mal, puede que yo estuviera confundido, pero tú no, sabías en todo momento lo que estabas haciendo. Sabías que era el prometido de tu hermana, y te dio igual, ¿a qué venían esas miraditas, esos roces, ese cogerme la mano, invitarme a Roma y coger una habitación, ponerte desnudo sabiendo que yo te estaba mirando? Y luego besarme, ¿por qué me besaste? Si en lugar de ser un hombre, hubieras sido su hermana, ¿qué habría pasado? Me habrías besado igual y habría sido igual de malo porque yo estaba saliendo con tu hermana.

Javier bajó la mirada, parecía derrotado, ya no tenía esa actitud agresiva del primer momento.

Cuando habló no se atrevió a mirarle.

—Me enamoré de ti. Ya te lo expliqué en Italia, y tienes razón, mi comportamiento tampoco ha sido correcto, supongo que los dos hemos terminado haciendo daño a Mati. —le miró—. En mi defensa diré que tú no deberías haber salido con ella nunca, te estabas engañando y la engañabas a ella.

—Nunca he querido hacer daño a Mati, solo quería ser un hombre que amaba a una mujer, como hubiera querido mi madre. Soy un estúpido, lo sé, un inmaduro, pero se acabó, esta tarde hablaré con tu hermana, sé que me odiará, que llorará y que me sentiré despreciable, pero debo hacerlo. Puede que sea tarde, pero tengo que arreglar todo esto.

Javier asintió.

—Sí, supongo que es tarde. Me marcho un tiempo, espero de verdad que aclares tu mente y seas feliz.

—¿Te vas? —No soportaba la idea de perderle.

—Sí, tengo trabajo que hacer, voy a Toronto, estaré allí varios meses. Ya sabes, también me ayuda a desconectar y alejarme de todo.

—Y alejarte de mí. No es justo, Javier. Primero haces todo lo posible por acercarte a mí y ahora te vas.

Javier sonrió melancólico.

—No me hables tú de lo que es justo.

No dijo nada más, se giró y comenzó a alejarse. Felipe le vio irse, sin que pudiera hacer nada por detenerle.

Abrió la puerta Mati. Al verle se lanzó a su cuello, riendo de felicidad.

—Tenía muchas ganas de verte, ayer te fuiste tan pronto. ¿Dónde quieres que vayamos hoy? Yo había pensado a la playa, pero... —Se le acercó al oído—, mis padres no están —Le mordisqueó el lóbulo de la oreja— y me apetece mucho repetir lo de ayer.

Felipe la separó con cuidado y la miró con tristeza.

—He venido a hablar contigo.

Mati se puso seria y le miró extrañada.

—Sigues enfadado por lo de ayer, de verdad que no me importa que fueras virgen...

—Deja eso, Mati, no me enfadé, tengo que contarte algo, vamos a un sitio tranquilo.

—¿El jardín? —dijo ella inocente.

Él asintió, aunque le recordaba cuando conoció a Javier y sintió un dolor en el pecho, una tristeza que pesaba demasiado. Mati le cogió la mano y fueron hasta el banco donde él le entregó el anillo que ella seguía llevando en el dedo, orgullosa.

Se sentaron uno frente al otro. Felipe cogió aire.

—Vas a odiarme. —comenzó.

Ella le miró divertida y le estrechó la mano con cariño.

—Nunca podrá odiarte, Felipe, te quiero con locura, tú eres todo mi mundo. —Fue a besarle, pero él la detuvo—. ¿Por qué no quieres que te bese?

—Mati, te he engañado...

Mati se separó de él y su rostro cambió por completo, apretó los labios, igual que su hermano y se cruzó de brazos.

—¿Quién es esa zorra? Cielo, no te culpo, hay mucha arpía por ahí que engatusa a chicos guapos como tú, sé que no era tu intención, pero quiero saber quién es. Y lo podemos hablar, nuestra relación...

—Mati, por favor, escucha. No hay ninguna mujer...

Suspiró aliviada.

—¿Entonces?

—Soy gay.

Ella le miró sin comprender.

—¿Qué?

—Me gustan los hombres...

—Sé lo que significa la palabra gay, tengo un hermano gay. —dijo enfadada y ofendida—. Estás conmigo, Felipe, ¿qué es eso de que eres gay? No puedes ser gay y hacer el amor conmigo.

—Lo sé, yo, estaba confundido, pensé que estar contigo me haría convencerme que, realmente, me gustaban las mujeres, pero... no ha sido así. Me he enamorado de otro.

Ella apretó mucho más los labios y se puso en pie.

—¿Fui un experimento para que el chico reprimido se conociera así mismo? —le miró con odio—. Eres despreciable. ¿Cómo has podido hacerme eso? Y acostarte conmigo, ¡eres un cerdo!

—Lo siento.

—¿¡Lo siento!?! Que lo siente, dice. Uno siente haber dicho algo mal, haberse olvidado un aniversario, no haberle ocultado a su novia que le gustan los hombres. Es mi hermano, ¿verdad?

Felipe la miró sorprendido.

—¿Crees que soy idiota, que no conozco a mi hermano? Le vi mirándote, le vi cómo te rozaba, sé que a él le gustabas, pero pensé que no tenía nada que hacer contigo porque eras hetero. Menuda imbécil.

—No, Mati, el imbécil soy yo, por haberte engañado, por haberte utilizado...

—Sí, eres despreciable y te odio, no quiero volver a verte nunca más, no quiero que vengas por aquí nunca y no quiero que te acerques a mi hermano, ¿me oyes? Si me entero que le ves haré todo lo posible para destrozarte tu relación. Tú me has hecho un daño enorme y no voy a dejar que seas feliz. Ahora lárgate de mi casa y llévate esta baratija contigo. —Le tiró el anillo—. ¡Fuera!

Felipe se levantó y salió del jardín al exterior. Se detuvo un momento junto al coche, abatido. Había sido peor de lo que pensaba. Creyó que le abofetearía, que lloraría como una niña y que le odiaría, sin más. Pero Mati le había hablado con odio, con desprecio y le había incluso amenazado. No había nada de la dulzura e ingenuidad que él creía conocer. Aquella Mati era rencorosa y dañina. De todos modos, se lo merecía.

Al volver a casa se encerró en su cuarto y lloró. Podía hacerlo, no había nadie en casa, estaba solo en su cuarto y ahora podía ser gay sin que nadie le insultara por ello. Tenía derecho a llorar. Había hecho daño a Mati, había perdido a Javier. Javier, odiaba no poder estar con él, no poder abrazarle, oír su voz.

El teléfono sonó, era Andrea. Se enjugó las lágrimas y descolgó.

—¿Estás en casa?

—Sí. —dijo con voz ronca.

—Voy para allá.

—No, no hace falta.

—Estás llorando, Felipe.

—Lo necesitaba.

—Y también necesitas un hombro donde hacerlo.

—Estás trabajando.

—¿Tan mal ha ido?

—Sí, me ha dicho que si se entera de que estoy con su hermano hará lo posible por estropear mi relación con él.

—¿Le has dicho que te gusta su hermano? —dijo sorprendida.

—No, ella ya lo sabía, lo vio, pero creía que a mí no me interesaban los tíos.

—Entiendo, ¿y ahora qué?

—Ahora nada, me deprimiré, comeré mucho helado y dejaré que el tiempo pase despacio. Supongo que algún día lo superaré.

—Siempre me tendrás a mí para animarte o para abrazarte mientras estés deprimido.

—Lo sé y no sabes lo afortunado que me siento de tenerte.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

—¿Seguro que no quieres que vaya?

—Prefiero estar solo.

Tal y como predijo Felipe, la vida pasó despacio, aburrida y deprimente. Trabajar, casa y Andrea, eso era todo. Al cerrar el taller tenía que ver cómo Pedro se iba con su novio, felices. Cómo le gustaría tener algo así, cómo le gustaría tener a Javier a su lado, pero no sabía nada de él desde la última discusión cuando le dijo que se marchaba a Toronto. Ni una llamada, ni una carta. Tampoco supo nada de Mati hasta que, dos semanas después de romper, decidió pasar por el taller. Vino acompañada de un hombre, iban cogidos de la mano. Ella sonreía, riéndose de forma estridente, como solía hacer. Felipe no entendió cómo pudo pensar en pasar toda una vida con ella, ahora que la veía desde fuera, no le gustaba nada. Tal vez su aspecto inocente y que le pusiera todo tan fácil, le animó a salir con ella.

—Mira, es ese.

—¿Ese es el maricón reprimido?

Felipe le miró frunciendo el ceño, luego miró a Mati.

—Pensé que no querías volver a verme. —le dijo limpiándose las manos.

Ella le sonrió.

—Solo quería presentarte a mi novio, un hombre de verdad, quería que supieras que ya eres agua pasada en mi vida. Me alegra que rompiéramos, no me imagino una vida con un tío como tú, o bueno, eso de tío no encaja contigo.

—Debería partirle la cara a ese pedazo de marica. —dijo el compañero de Mati con voz ruda, parecía un camionero, un luchador de pressing catch, basto, grande, inculto, ¿de dónde lo habría sacado?

—¿Pasa algo? —dijo Pedro acercándose.

—Nada, solo venía a saludar a Felipe. —dijo Mati.

—Me alegro por ti, espero que seas muy feliz con este... tipo. —dijo Felipe.

—Al menos yo sé hacerla sentir una mujer, no la he engañado cómo tú, marica despreciable.

—Oye tío, si no tienes ningún coche que arreglar, ya te puedes ir por donde has venido. —Pedro miró a Mati—. Mati, por favor, es suficiente.

—Tú no te metas, Pedro. Tengo todo el derecho a estar aquí y a insultar a este tío. —dijo mirando a Felipe.

—Vale, ya me has insultado, ya me has presentado a tu nueva pareja, ¿algo más? —dijo Felipe cruzándose de brazos.

Ella le miró despectiva.

—Nos vamos, me da asco ver tu cara. —Se giró hacia su nuevo novio y le besó en los labios abriendo mucho la boca, luego miró a Felipe con una sonrisa—. Hasta nunca.

Cogió de la mano a su pareja y salieron del taller. Pedro se quedó mirando a la extraña pareja y luego a Felipe.

—Mati me contó que rompió contigo, no quiso decirme nada más.

—Sí, no éramos compatibles. —dijo sin querer entrar en detalles.

—Bueno, si te consuela, no debías ser muy importante para ella porque no ha tardado ni una semana en olvidarte, cuando una tía hace eso, mejor haberla dejado, ya me entiendes. No te convenía.

Felipe asintió. Mati ya le había olvidado y ya estaba con otro tío. Le dolía un poco saber que era tan fácil reemplazarle, por otro lado, se alegraba por ella y esperaba que ese tío la hiciera feliz y que le gustaran las tías. Aunque viendo su aspecto, o bien ella le manejaba a su antojo, o

bien él se cansaba pronto de ella. Parecía una pareja por despecho, no veía amor por ningún lado.

—¿Así que eres gay? —le preguntó Pedro antes de volver al trabajo.

Felipe se encogió de hombros. Todavía le costaba admitirlo y decirlo a los cuatro vientos. Pedro debió notar que dudaba.

—Tío, soy gay, tengo una relación estable con otro tío, conmigo puedes ser tú mismo, yo no voy a juzgarte y mucho menos a insultarte como ese tío que ha traído Mati.

Felipe miraba el suelo.

—Sí, bueno, pensé que me gustaban las tías, pero...

—Te gustan los hombres.

Felipe asintió, incómodo.

—Oye, mira, lo mejor para las penas es salir con buena gente, vente este viernes conmigo y mi pareja a un bar, es un bar donde solo van gais, tal vez conozcas a alguien interesante.

—No sé, no estoy de ánimos.

—Por eso mismo, te sentará bien estar con otros hombres, hablar con gente que te entiende. Un par de horas, si ves que no estás cómodo, te vuelves a casa y todos tan contentos. Vamos, un par de copas. Te sentará bien, ya verás.

Al final consintió, Pedro no iba a parar hasta convencerle.

—Está bien, un par de copas.

—Bien dicho, quedamos después de cerrar.

A la noche le contó a Andrea lo sucedido.

—Esa niña es tonta, está despechada, eso es todo, no le hagas ni caso.

—No sé cómo pude fijarme en ella, siempre riéndose de forma tonta.

—Olvídala, pasa página, no se merece que pienses en ella.

—Pero le hice daño, está enfadada.

Andrea se encogió de hombros.

—Vale, tiene todo el derecho de estar enfadada, pero llevar a un tío a tu taller para que te insulte, eso es maldad.

—Bueno, dejemos de hablar de ella, el viernes he quedado con Pedro para salir de copas.

—¿Pedro? ¿El chico que trabaja contigo?

Felipe asintió.

—Me va a llevar a un bar de gais.

Ella sonrió.

—De negarlo toda la vida a meterte en la boca del lobo. ¿Estás seguro?

Él se rio.

—Iré para que me deje en paz, es algo pesado, tomaré algo y me volveré a casa, no tengo ganas de salir con nadie.

—Vale, me alegra que decidas salir de casa, no puedes estar siempre deprimido.

—Bueno, me voy a la cama

Se acercó a su prima y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches.

Entró en su cuarto y miró por la ventana. Las luces de las ventanas estaban encendidas, al igual que las farolas. Algunas personas paseaban al perro, otras volvían a casa. Todos con una historia que contar. Se giró y vio la cámara de fotos que le regaló Javier, la tenía en el escritorio, guardada en su mochila. No la había tocado desde que volvió de su viaje. Se acercó al escritorio y abrió la cremallera. Dentro estaba la cámara, tal como la había dejado. La cogió y la miró con tristeza. Se sentó frente al escritorio y conectó la cámara al ordenador. Las imágenes en

miniatura de aquel fin de semana fueron apareciendo en la pantalla.

Andrea llamó a su puerta.

—Voy a hacerme un té, ¿te apetece uno?

—Ahora no, ven, pasa. No te enseñé las fotos.

Andrea pasó.

—¿Qué fotos?

Su prima se acercó al ordenador, Felipe había agrandado una de las fotos, e iba pasando las imágenes despacio.

—¿Son de Italia? —preguntó ella sentándose a su lado.

—Sí. —dijo él ausente.

—Se te ve muy feliz.

—Y lo era, me sentí tan bien aquel fin de semana, ojalá no lo hubiera estropeado todo. —Se detuvo en una imagen donde salían los dos, Javier le pasaba el brazo por los hombros, le miraba a él, sonriente, también parecía feliz.

—Hacéis buena pareja. —dijo Andrea pensativa.

—Ya da igual, todo está perdido.

Andrea le acarició la espalda.

—¿Sabes? Odio trabajar en el taller, nunca me ha gustado, mi padre me enseñó el oficio, pero nunca fue lo que yo quise. Lo acepté porque tampoco tenía nada en mente, no sabía qué hacer con mi vida, fue fácil no tener que pensar, tenerlo todo hecho, pero ahora... —Miraba la cámara —, me gustaría ser como Javier, fotografiar el mundo entero, viajar y plasmar en imágenes lo que veo, cómo lo siento.

—¿Y por qué no lo haces? Puedes apuntarte a algún curso de fotografía, la cámara ya la tienes. Ahorra y luego vende el taller.

Felipe la miró divertido.

—Lo ves muy fácil.

—Felipe, las cosas suelen ser fáciles, somos las personas quienes las complicamos.

—Tal vez lo haga. —dijo pensativo.

—Y algo más, deberías ir a buscarlo. —le dijo.

—¿Buscar a quién?

—¿A quién va a ser? A Javier.

Felipe la miró entristecido.

—Andrea, por favor, no sé dónde está, dijo que se iba a Toronto, no puedo presentarme allí y gritar su nombre por todas partes, además, con la suerte que tengo, a la que fuera para allá él se estaría volviendo o yendo a otro lugar. Déjalo, le he perdido.

Apagó el ordenador y suspiró.

—Bueno, tal vez conozca a alguien en el bar.

Andrea le besó en la cabeza.

—No será tan especial como Javier, buenas noches.

La vio salir de su cuarto y cerrar con cuidado.

Llegó el viernes. Felipe se visitó informal, tejanos, camiseta blanca, zapatillas de deporte, no se echó colonia, pero sí se duchó, tampoco quería ir sucio. No le importaba su aspecto, no pensaba conocer a nadie, solo podía pensar en Javier, podía mirar a otros hombres, pero ninguno le parecía atractivo, ni interesante, ninguno estaba a la altura de Javier.

Pedro le presentó a su prometido, Paco. Era un hombre reservado, alto y parecía algo más joven que Pedro. Llevaba perilla y el pelo bien recortado. Olía a colonia, demasiado fuerte, era algo desagradable, pero al final el olfato se acostumbraba. Se estrecharon la mano.

—Encantado de conocerte, Pedro te está muy agradecido por ofrecerle trabajo.

Felipe le quitó importancia.

—Es buen trabajador y él me hizo el favor a mí, necesitaba a alguien en el taller.

—Vamos a una mesa y pedimos. —dijo Pedro.

Los tres se sentaron, ellos pidieron vino y Felipe un refresco, no quería más alcohol en su vida. El local estaba lleno, algunos hombres miraban a Felipe, era el chico nuevo.

—Voy un momento al lavabo. —dijo Paco dejándoles solos un momento.

—Eres un buen tipo. —dijo Felipe para romper el silencio—. ¿Puedo preguntar por qué rompiste con Javier?

Pedro se encogió de hombros y bebió un sorbo de su copa.

—La verdad es que no hubo nada, ninguna discusión, ni cuernos, nada de eso. Solo que, ya sabes cómo es Javier, cómo es su trabajo, siempre viajando, casi nunca nos veíamos, le echaba de menos. Luego venía y hablaba de sus viajes, del libro que quería escribir, comprendí que no teníamos mucho en común. Él es un espíritu libre, o tal vez yo no era lo que él buscaba. Javier nunca me miró como te miraba a ti, me di cuenta en el taller.

Felipe bajó la mirada, pensó en Javier, en su forma de mirarle. Bebió un trago.

—¿Y no pensaste en acompañarle? —le preguntó Felipe al fin.

Pedro negó con la cabeza.

—No, tío, yo tengo mi vida aquí, tenía mi trabajo, mi familia, no quería estar dando tumbos de un lugar a otro, no era lo mío.

Paco volvió, venía acompañado de un joven de unos veinte años, sonriente, de pelo castaño y ojos pequeños color miel. Llevaba un cubata en la mano.

—Felipe, este es Oriol, le he conocido en la barra, me ha preguntado si te conocía y si podía presentaros.

Pedro miraba a Felipe y éste miraba a Oriol. Era un chico mono, joven y parecía simpático.

—Hola, soy Felipe. —dijo levantando la mano para saludarle.

Oriol le estrechó la mano.

—Hola, un placer, ¿os importa si os acompaño? —dijo Oriol cogiendo una silla.

—No, hombre, siéntate. —dijo Pedro invitándole a la mesa. Sonrió a Felipe.

Felipe se terminó su refresco y se puso en pie. Suficiente por esa noche, no tenía ganas de conocer a nadie, menos después de haber estado hablando de Javier y de seguir recordándole.

—Yo tengo que irme.

—Pero si acabamos de llegar, todavía es pronto. —Se quejó Pedro.

—Lo siento, lo dejamos para otro día, hoy estoy cansado. Un placer conocerte, Oriol. —Le estrechó la mano.

—Puedo acompañarte a casa. —le dijo Oriol poniéndose de pie.

Se veía que tenía ganas de conocerle, pero él no.

—Tranquilo, prefiero dar un paseo solo, gracias por invitarme. —dijo dirigiéndose a la pareja —. Nos vemos en el trabajo.

Le dio una palmada en el hombro a Pedro y salió del local sin mirar atrás. No dudaba que Oriol fuera un buen chico, pero no era el momento. Y se sentía extraño en aquel bar, era como si todavía no hubiera asumido del todo su condición sexual, o que no estaba preparado para expresarlo tan abiertamente. Podía ser gay, de hecho, lo era, por mucho que le costara reconocerlo, aun así, no tenía que saberlo todo el mundo a la primera de cambio. Era su vida, era algo personal y no estaba preparado para pregonarlo.

Se volvió a casa sin prisa, dando un paseo, disfrutando de la tarde, ni siquiera eran las nueve de la noche. Corría un poco de aire, pero lo agradecía. El ambiente estaba muy cargado en el bar. La verdad es que nunca le gustó ir de bares, prefería pasear, prefería ver sitios, estar al aire libre y no encerrado en un local lleno de humo y música estridente. Vio una pareja besándose en un banco. Hombre y mujer, qué sencillo era todo así. Pensó en Javier, ¿qué estaría haciendo, pensaría en él? Supuso que no, demasiado enfadado, debía odiarle. ¿Cómo sería tener una vida como Javier, siempre viajando, viendo mundo, haciendo fotografías? Le encantaría poder estar a su lado. Pedro le dijo que él tenía su vida aquí, no podía dejarlo todo para acompañar a Javier. Felipe miró la luna llena, pensativo. Lo cierto es que él estaría dispuesto a todo por Javier, lo dejaría todo atrás con tal de estar a su lado. Javier le hizo sentir, desde el primer momento, que era importante, pudo ser él mismo, sin avergonzarse. A su lado todo parecía encajar, todo parecía estar bien. Le echaba tanto de menos. Le hubiera gustado ser como Andrea, vivir su propia vida sin importarle lo que dijeran los demás, ni siquiera sus padres. Ellos, pese a quererle, le obligaron a ser quien no era, le obligaron a ocultarse, a ocultar sus sentimientos, a sentirse mal consigo mismo y sus pensamientos. No podía echar el tiempo atrás, pero podía mirar al futuro. Poco a poco el dolor pasaría, el recuerdo de Javier sería eso, un bonito recuerdo al que aferrarse cuando estuviera triste, pero tendría que seguir adelante, tendría que seguir su propio camino, esta vez sin que nadie le dijera por dónde ir. Tal vez volviera a salir con Pedro y Paco, tal vez se decidiera a conocer a Oriol, tal vez, con el tiempo. De momento, no podía.

Llegó a casa y miró el buzón, cogió las cartas y entró en el piso vacío, Andrea seguía trabajando, no llegaría hasta pasadas las diez. Dejó las llaves en el mueble del recibidor y entró al comedor para sentarse un rato en el sofá. Miró el correo, propaganda, recibo de la luz...

Se detuvo en una carta en especial, tenía matasellos de Toronto. La giró, el nombre del remitente era Javier. Una carta de Javier. Se puso nervioso y se apresuró a abrirla. Dentro encontró un billete de avión y una carta escrita a mano, con letra clara.

«Te prometí un nuevo viaje, no es escocia, pero te gustará. He pensado mucho en ti, la verdad es que no puedo quitarte de mi cabeza. Siento haberme portado así contigo, no fue justo. Tenías razón, te seguí, te puse en un compromiso, pero es que, nunca había sentido algo así por nadie. Me enamoré de ti y solo buscaba cualquier excusa para estar a tu lado, para verte, para tocarte. Sabía que estabas con mi hermana, pero en el fondo de mi ser, quería que estuvieras conmigo, a mi lado. Si me perdonas, te estaré esperando».

Su corazón le dio un vuelco, abrazó la carta contra su corazón. Perdonarle, jamás estuvo enfadado con él, no podía estarlo, le amaba demasiado. Ir a Canadá, con él.

Fue a coger el móvil, pero se le cayó al suelo, le temblaban las manos de emoción y felicidad. Marcó el número de Andrea. Tardó en cogerlo.

—Dime. —dijo al fin.

—Una carta, de Javier.

—¿Cómo? Habla más despacio, ¿quieres?

Sí, tenía que calmarse. Cogió aire.

—He recibido una carta de Javier, Andrea. Hay un billete de avión para viajar a Toronto. Quiere que me reúna con él, me ha perdonado.

Un silencio.

—¿Y a qué esperas?

—No lo sé. No puedo irme sin más, ¿qué hago con el taller?

—Yo hablaré con Pedro, yo me encargo, no te preocupes de eso ahora y ponte ahora mismo a hacer las maletas. Ve a por él, Felipe, sé feliz, te lo mereces.

—No sé qué haría sin ti.

—Pagar el alquiler tú solo, le digo a Matías que salgo antes y te ayudo con el equipaje.

—Gracias, Andrea, te adoro.

—Lo sé, soy así, te quiero, nos vemos en un rato.

Colgó y pensó en lo que le dijo Andrea. Ser feliz. Luego pensó en lo que le dijo Pedro, dejarlo todo por un hombre. Pedro tenía razón, su vida estaba allí, su trabajo, estaba Andrea.

Andrea no tardó en llegar y le abrazó.

—¿Dónde está la carta?

Felipe se la enseñó y mientras ella la leía le contó sus dudas a su prima.

—Es una locura, Andrea, y lo sabes. No puedo irme sin más, Toronto no está a la vuelta de la esquina.

Andrea le miró.

—Felipe, es una carta preciosa, lo que tenéis tú y Javier no se encuentra fácilmente. Por una vez, olvídate de todo, haz una locura, sin pensar, pensando solo en ti y tu propia felicidad. Felipe, arrepíentete de lo que has hecho, no de lo que podrías haber hecho. Coge las maletas y vete. Es tu momento.

—No sabes cuánto te quiero.

Le abrazó. A la mañana siguiente, Andrea le acompañó al aeropuerto. Se abrazaron con fuerza antes de decirse adiós.

—Supongo que volverás. —le dijo ella.

—No podría estar lejos de ti ni aunque quisiera, te echaré de menos.

—Tonterías, piensa que estarás con Javier, te prohíbo pensar en mí, sería algo raro y un poco degenerado. No pienses en nadie más que en vosotros dos y en vuestra felicidad, ¿me lo prometes?

La volvió a abrazar.

—Te llamo cuando esté allí.

—Ni se te ocurra y no te preocupes por nada, yo me encargo de todo. Se te ve tan feliz, no sabes cuánto me alegro.

Le lanzó un beso, Andrea se despidió y Felipe entró en el aeropuerto. El viaje se le hizo eterno, pero, al llegar y salir del aeropuerto, allí estaba, esperándole. Felipe sonrió y alzó la mano para saludarle. Casi corrió para llegar junto a él. Había estado meses esperando ese mismo momento, pensando en cómo sería volver a estar con él y allí estaba, tan cerca, tan real.

—Me alegro de verte. —dijo Javier con una sonrisa

Felipe le cogió de la pechera y le besó. No le importó dónde estaba, no le importó que la gente le mirara, le había echado tanto de menos, había pensado tantas veces en poder volver a besarle, que el mundo desapareció. Javier le abrazó.

—Yo también te echaba de menos. —le dijo con la sonrisa más bonita que había visto en el

mundo.

—Esto quiere decir que, ¿empezamos de cero? —le preguntó un Javier radiante.

—Si tú quieres, yo estoy dispuesto a empezar contigo y quedarme para siempre. Nunca he sido tan feliz como estando contigo. —le contestó Felipe, le cogió las manos y continuó mirándole a los ojos—. He recorrido un largo camino para encontrarte y ahora que te tengo sé que he llegado al lugar que pertenezco y no quiero estar en ninguna otra parte. Te quiero, Javier.

Javier sonrió y volvió a besarle. Sus vidas empezaban en ese momento. Felipe se sintió liberado y feliz.